LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	30 pesetas.	16 pesetas	9 pesetas.
Provincias.....	35 »	18	10 »
Portugal.....	7.520 reis.	3.890 reis.	2.170 reis.

AÑO XV.—NÚM. XIV.

EDITOR-DIRECTOR, D. ABELARDO DE CARLOS.

ADMINISTRACION, ARENAL, 16

Madrid, 15 de Mayo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico...	9 pesos fs.	5 pesos fs.	3 pesos fs.
Filipinas y Américas....	12 »	7 »	4 »
Extranjero.....	40 francos.	22 francos.	12 francos.

INSURRECCION DE PARIS.—EL ARZOBISPO MONSEÑOR DARBOY EN LA CONSERJERIA (pág. 238).

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por E. Martinez de Velasco.—Amadeo de Saboya, anti-papa, por el Excmo. Sr. D. Antonio Benavides, director de la Academia de la Historia.—Prision del arzobispo de Paris.—Los voluntarios de Paris.—El coliseo romano (conclusion), por don Emilio Castelar.—Muros ciclópeos de Tarragona, por don Buenaventura Hernandez Sanahuja.—El Parque de Madrid.—El teatro de Cervantes.—La parte del leon (apólogo cuyo pensamiento no es del que le ha verificado), por don Antonio de Trueba.—Instrumento para esquilar caballos jóvenes.—Anexion de Santo Domingo á los Estados Unidos.—Monumento al general Prim.—Un prisionero rojo.—Advertencia.

GRABADOS.—Paris: Prision del arzobispo monseñor Darboy.—Santo Domingo: Retrato del general don Buenaventura Baez.—Presentacion de los comisionados norte-americanos al general Baez.—La comision norte-americana dirigiéndose al palacio de Baez.—Vista de Santa Bárbara de Samaná.—Tarragona: Muros ciclopeos.—Málaga: Telon de boca del teatro de Cervantes.—Paris: Un voluntario forzoso.—Un prisionero rojo.—El Parque de Madrid en las mañanas de Mayo, alegoría.—Esquilador de caballos por el sistema de M. Earle.—Nueva-York: Aspecto de las cuadras de MM. Post y Nichols.—La romería de San Isidro, caricaturas, por Ortego.—Instrumento para esquilar caballos.—Proyecto de un monumento ecuestre al general Prim, por don Arsenio Alonso.

REVISTA GENERAL.

Madrid 13 de Mayo.

Escasos y de poca importancia son los hechos ocurridos en España, á contar desde la fecha de nuestra última revista.

Hiciéronse eco los diarios portugueses, que se dan aires de bien enterados acerca de algunos asuntos, de rumores de próximos trastornos, y manifestando su creencia de que en breve plazo *habia de sentirse en España alguna de esas sorpresas ruidosas cuya elevacion moral no puede calcularse* (estas palabras son textuales), decian claramente que la explosion debia realizarse en la semana que acaba de trascurrir; y áun cierto diario español, conforme con los portugueses, habló tambien de sucesos graves que se preparaban *por sorpresa* en Andalucía, añadiendo que un jefe militar de alta graduacion habia salido de Madrid para Sevilla, con encargo de investigar el espíritu de la guarnicion de aquella plaza: mas lo cierto es que los augurios de los lusitanos eran, al parecer, infundados, y creemos que el periódico español se equivocaba.

Por el contrario, tranquilamente continúan discutiendo los Cuerpos colegisladores: en el Congreso, prosiguen los debates sobre actas, en los cuales, la razon numérica, por punto general, viene siendo todavía la *última ratio rerum;* y en el Senado termina la contestacion al mensaje de la corona, habiendo presentado las sesiones un carácter de elevacion, dignidad y mesura que honra á aquel alto Cuerpo, y á los notables oradores de diferentes partidos políticos que han usado la palabra en estos últimos dias.

Además, un suceso de alguna significacion política ha tenido lugar en esta corte, como consecuencia inmediata, segun se dice, del conato de tumulto ocurrido en la calle de Alcalá, en la tarde del 2 de Mayo: nos referimos á la suspension de las conferencias dominicales que los obreros celebraban en la capilla de San Isidro.

No sabemos si esta suspension inmotivada es el *retraimiento*, ni si detrás de ella se ocultarán, como otras veces en iguales circunstancias, propósitos de fuerza; pero la verdad es que el periódico, órgano oficial de la comision de conferencias, ha dejado de publicarse; que los trabajadores, no muchos en número, de cierto gremio se han declarado en *huelga*, y se anuncia con insistencia que otros están dispuestos á imitarlos.

Tambien parece que mañana, 14, se celebrará la última conferencia, con objeto de convocar á las comisiones de obreros y artistas de todos los oficios, para que, formados los respectivos comités de cada clase, puedan fácilmente ponerse de acuerdo en las cuestiones que interesen á los asociados.

Y entre tanto el comunista M. Vallés se regocija en *Le Cri du Pleupe* porque la *social* pretende en nuestros dias aplicar á la propiedad la ley agraria; y mientras en la desdichada Francia continúa su obra *regeneradora* (¿deberá decir *demoledora?*), en Italia, en Portugal, en España y en otras naciones, se predica á las masas las teorías disolventes que forman la doctrina de aquella, que se extiende y ramifica—dice el demagogo M. Vallés—con éxito maravilloso.

Gutta cavat lapidem, y tal vez ha sido un primer efecto de este éxito la determinacion que tomaron pocos dias hace los vecinos de cierto pueblo de una provincia española, de repartir muy lindamente entre ellos mismos una magnífica dehesa que no les pertenecia; y acaso tambien sea un segundo efecto el atentado arbitrario é injusto cometido por algunos labradores castellanos, quienes impacientándose porque el cielo no hacia que descendiera la benéfica lluvia sobre los sedientos campos, rompieron el canal de Castilla en término de Fuentes de Nava, con lo cual, si no han conseguido el objeto propuesto, por lo ménos han llevado la destruccion á una de las mejores obras del ya citado canal, y han sido causa de la paralizacion que sufren algunas fábricas de harinas.

Más consolador fué el espectáculo que ayer presenciamos en el antiguo salon de Próceres.

Con asistencia del rey y de los ministros de Fomento y Hacienda, inauguróse la exposicion artística é industrial preparada por *El Fomento de las Artes*, inteligente sociedad que tan brillantes campañas viene sosteniendo, desde hace muchos años, en pró de la noble causa del verdadero progreso.

Y trasladándonos de pronto á la Isla de Cuba (pues la Península nada más ofrece para nuestra breve crónica decenal), sentimos anunciar á los lectores que la insurreccion ó el bandolerismo, que otro nombre no merece, sigue ejerciendo las mismas fechorías y crímenes que señalan su marcha, desde el nefando grito dado en Yara, en 1868.

Cartas, que tenemos á la vista, de aquella hermosa reina de las Antillas, aseguran que los rebeldes cubanos vagan aún, incendiando ingenios y bohíos, por territorios de Santiago de Cuba, Bayamo, Las Tunas, Puerto-Príncipe, Sancti-Spíritus y Las Villas: seis comandancias generales.

Verdad es que las fuerzas rebeldes están concentradas—al decir de los periódicos de la Habana—al E. y OE. del Camagüey; mas en virtud del hábil espionaje establecido por los insurrectos, éstos pueden reunirse en un punto determinado y atacar, ciento contra uno, á los pequeños destacamentos de soldados leales que cruzan por las cercanías de la manigua.

«Es una montería—dice una carta—no una campaña, lo que están haciendo nuestros heróicos soldados y voluntarios, con una paciencia digna de elogio y un patriotismo que no reconoce límites.»

Y otro corresponsal añade:

«El enemigo nunca se presenta cara á cara: solamente en cuadroscadas y á mansalva es cuando ataca: sus armas son el puñal y la tea, y á pesar del clima, del terreno y de las aguas, nuestros valientes batallones no descansan, y haciéndose superiores á todas las dificultades, van en busca de esos modernos vándalos y los acosan hasta en sus mismas guardias.»

Todos los dias ocurren hechos de armas, dignos del valor y patriotismo de nuestros compatriotas.

En la segunda quincena de Abril, fecha de las últimas noticias, los voluntarios de Colon y Orden atacaron en el ingenio *Bacuinos* á dos partidas de insurrectos, que pretendian dirigirse á la jurisdiccion de Trinidad; el brigadier Portillo acometió y desbarató á las gentes que mandaba el rebelde Villegas; la columna del teniente coronel señor Laquidain batió á otra partida rebelde, en Arroyo Colorado y Rio Hondo; y la batida que ha dirigido en el departamento central el bravo coronel Bâscones, al frente de un batallon de San Quintin, ha dado por resultado la destruccion de otras varias partidas rebeldes, y un combate afortunado de no escasa importancia, sostenido en las inmediaciones del rio Najaza, contra el grueso de las fuerzas enemigas que manda el titulado general Agramonte.

Y entre tanto hay gentes que tienen la poco feliz ocurrencia—dice un diario de la Habana—de escribir lo que se llama un paralelo entre el gran Pelayo y el fingido presidente de la soñada república cubana, Cárlos Manuel Céspedes, pretendiendo encontrar semejanzas entre el héroe de Covadonga y Auseba y el incendiario de Bayamo y fugitivo de las Tunas.

A fuer de españoles hidalgos, amantes de la patria, hacemos votos por la pacificacion de la hermosa Isla de Cuba—pacificacion anunciada tantas veces, y siempre con escaso fundamento: ilusion querida, fantasma engañador, que más se aleja cuanto más de cerca se le sigue.

Porque son las guerras civiles el azote más cruel de los pueblos.

Testigo sea la Francia, ayer altiva y poderosa, hoy vencida y humillada por el extranjero, y herida y despedazada sin clemencia por esos audaces batallones de Belleville y la Villete, que huyeron cobardemente y abandonaron sus puestos al frente de los alemanes en el combate de Villejuif, pero que han tenido la triste gloria de ser los iniciadores de la insurreccion comunista, inaugurada el 18 de Marzo con los asesinatos de los desgraciados generales Thomas y Lecomte.

Ha caido el anterior comité de salvacion pública, el que decretó la prision del arzobispo de Paris, y llenó de curas y monjas los calabozos de Santa Pelagia y Mazas, y proclamó la *universalizacion de la propiedad*, y organizó las *requisas patrióticas*, y decretó la demolicion de la columna de Vendôme, «monumento erigido en honor de la fuerza bruta,» y de la capilla expiatoria de Luis XVI y María Antonieta, «insulto perenne á la revolucion de 1793.»

Pero un nuevo comité le sustituye, en los precisos momentos en que el fuerte de Issy, *primer piso de la defensa de París* (segun la frase de M. de Moltke), cae en poder de los versalleses, y cuando las granadas del campo de Boulogne estallan en la plaza de la Concordia.

En efecto: el 3 de Mayo, las tropas de Versalles se apoderaron del reducto de Moulin-Saquet, despues de un reñido combate; el 5, los insurrectos fueron perseguidos y derrotados hasta el glácis de la fortaleza de Vanves, cayendo en poder de los soldados leales la línea del camino de hierro, las trincheras de aquellos y la estrella en que se alojaban; el 6 y 7, las baterías establecidas por los versalleses en el reducto de Montretout rompieron el fuego contra las posiciones de los rebeldes, quienes contestaban muy vivamente desde la muralla del recinto, y de los fuertes de Bicêtre y Vanves; el 8 continuó el cañoneo, y durante la noche abandonaron los federales el fuerte de Issy, objeto especial de tan furioso ataque, y el regimiento 38º de línea clavó en las murallas el pabellon tricolor.

Piezas de artillería, fusiles y municiones cayeron en poder de los vencedores, y segun despachos de Versalles, el desaliento reina en las filas de los insurrectos, mientras aquellos avanzan y parece que se preparan á entrar en Paris por el Point-de-Tour ó por la puerta de Auteuil, sobre cuyos puntos hacen vivo fuego las poderosas baterías de marina situadas en el reducto de Montretout y las del Mont Valerien.

M. Thiers, jefe del Poder ejecutivo, ha dirigido una circular á los prefectos de los departamentos, en la cual les anuncia el triunfo de las armas leales, y termina así:

«Todo hace esperar que las crueles pruebas que está sufriendo el pueblo honrado de Paris llegarán bien pronto á su término, y el odioso reinado de la faccion infame que ha tomado por emblema la bandera roja, dejará muy en breve de oprimir y deshonrar á la capital de Francia.»

Necesario es de todo punto, si esta nacion ha de ser nuevamente el centinela avanzado de la raza latina de Europa, que la guerra civil concluya, y un gobierno fuerte y justo se dedique afanoso á curar las heridas de la patria, ántes que degeneren en gangrenosas é incurables llagas.

Y la ocasion es oportuna,—que la paz se ha firmado en Francfort el 10, á pesar de las dificultades que habian surgido en las negociaciones de Bruselas.

«Se ha dado la última mano—dice á este propósito un escritor belga—á la humillacion de la Francia; se han puesto los puntos sobre las *ies*, y se hará constar, á la faz del mundo, que Mezt y Strasburgo son ciudades alemanas... por gracia y merced de los cañones Krupp.»

Porque—haciendo caso omiso de la indemnizacion pecuniaria, igual á la estipulada en Versalles—es bien terrible la amputacion territorial que debe sufrir (que ha sufrido ya, mejor dicho) la vieja monarquía de Luis XIV, en virtud del convenio definitivo que acaba de ser firmado en Francfort.

En el departamento del Mosela, que comprendia cuatro distritos y veintiseis cantones, quedan solamente en poder de la Francia los de Longw, Longuyon, Audun-le-Romain, Conflans y una pequeña parte de los de Briey y Gorze; en el del Meurthe, que constaba de cinco distritos, Alemania ha tomado dos: los de Sarrebourg y Chateau-Salins, y áun pedia la Lorena con la histórica Nancy, su capital; en el de los Vosgos pierde la nacion vencida una gran parte de los cantones de Schirmek y Saales, bañados por el Bruche y sus afluentes, y en el del Alto Rhin continuará perteneciéndola el de la heróica Belfort y algo del canton de Delle, en cuya capital, sin embargo, ondeará el pabellon aleman.

En suma, Francia pierde por completo el Bajo Rhin y casi todo el departamento del Alto Rhin; esto es, en números redondos: 1.412 concejos, con 1.630.000 habitantes, poco más ó ménos.

No es extraño que el diario berlinés que nos ha proporcionado estos curiosos detalles, exclame con fruicion cruel:

«Woerth, Sedan, Metz y Paris bien merecen ese pedazo del escudo de Luis XIV.»

Desgraciadamente para la Francia, la insurreccion argelina presenta una gravedad extraordinaria—si bien el telégrafo de Versalles aparenta concederla escasa importancia,—y empiezan á llegar, en cartas particulares de Argel, pormenores horribles de la vandálica lucha que han iniciado los árabes del interior para recobrar su perdida independencia.

Y como éstos son muchos y valientes, los franceses de la colonia piden refuerzos á la metrópoli,—que no puede enviárselos, porque lo impide la Commune de Paris, y los síntomas de insurreccion mal comprimida

que se advierten en otras grandes poblaciones del Mediodía.

¿Quién se extraña de que en los periódicos alemanes aparezca este pronóstico fatídico: *finis Galiæ?*

Dícese, en cambio, que en el palacio imperial de Berlin acaba de celebrarse un consejo, con asistencia del conde de Bismarck y de los principales generales que han tomado part en la guerra franco-alemana, en el cual se ha decidido fijar un plazo á la Commune de París para que se someta al gobierno de Versalles, ó en caso contrario, las tropas alemanas se encargarán de restablecer el órden en la capital de Francia: porque una guerra civil que es causa de tantos males—parece que añade el conde de Bismarck en una nota dirigida á M. Favre—no puede tolerarse por más tiempo, sin perjuicio moral y material de Alemania y de Europa.

Quizás por esto circulan hoy los rumores, que áun no se confirman, nicreemos, de haberse entablado negociaciones de paz entre el gobierno de Versalles y los insurrectos de París.

Vamos á concluir esta revista con la relacion de una inmensa desgracia.

Buenos-Aires, la hermosa capital de la república argentina, está sufriendo una calamidad desastrosa, que la amenaza hasta en su propia existencia como gran ciudad: la fiebre amarilla, esa horrible enfermedad, la convierte en un vasto cementerio, en lúgubre teatro de infortunio, desolacion y lágrimas.

Ni Lóndres en 1665, ni Madrid en 1834, ni París en 1848, víctimas de asoladoras epidemias, ofrecieron ejemplos tan tristes: hoy, despues de la emigracion, de la dispersion que se desarrolló al declararse la fiebre, apenas han quedado en Buenos-Aires 50.000 habitantes, y el dia 8 de Abril, fecha de las últimas noticias, setecientos cuarenta y nueve cadáveres—dice *El Siglo* de Montevideo—aumentaron el número aterrador de las víctimas.

La caridad ha acudido al socorro de tantas desgracias, y óbolos generosos depositan las ciudades vecinas en las cajas de las comisiones de auxilios, de los hospitales, de las juntas de sanidad.

Pero es de tal gravedad el mal, que el abandono de la ciudad se reputa ya como único medio de extinguirlo.

«Esto no es—dice una carta que tenemos presente—uno de esos episodios luctuosos que sufren periódicamente los pueblos, sino una de esas calamidades que se presentan de siglo en siglo y conmueven al mundo entero.»

Por eso nuestros hermanos de América se sienten conmovidos y agitados por un solo deseo: el de enjugar algunas lágrimas, y llevar algun alivio á tan grande infortunio, á tanto dolor, á tanta orfandad y miseria.

E. Martinez de Velasco.

AMADEO DE SABOYA, ANTIPAPA.

«Mirad, amigas; á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza: otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo disminuido y aniquilado su principio hasta parar en no ser nada, como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento no es nada.» Esto dice Cervantes, en la conversacion que pone en boca de Don Quijote, hablando con su sobrina y con su ama: y nosotros no repetimos de su razonamiento más que lo que viene á cuento. Suprimimos tambien los ejemplos de la casa Otomana para la primera suerte de linajes; y de los Faraones, Tolomeos y Césares de Roma para la segunda; pues si bien es cierto que en el siglo XVI la casa otomana era un coloso que igualaba, si no excedia, á otro coloso que extendia su poder hácia las partes occidentales del mundo, ya hoy se encuentran ambos muy cerca de la punta de la pirámide, convertido todo su poder en un nada.

Si Cervantes viviera hoy, al escribir otro discurso sobre los linajes, hubiera tomado por ejemplos dos que saltan á los ojos; y prueban tanto como los que en aquel tiempo presentó, la exactitud de su observacion histórica. Queremos hablar de la casa de Saboya y de la casa de Borbon. La primera, que es la única que hoy nos ocupa, fué apenas conocida en el siglo XI, con el modesto título de condado; y sus poseedores, vasallos de los duques de Borgoña ó de los emperadores de Alemania: van á la guerra con los unos ó con los otros, y apenas si despues de la victoria les permiten sus soberanos recoger algunas migajas del festin.

Habitaban un territorio reducido y montañoso, y colocados como atalayas en las vertientes de los Alpes, miraban con envidia las fértiles llanuras de la Lombardía, con temor á la república veneciana; y Florencia, Toscana, Nápoles y Roma, estados independientes, güelfos ó gibelinos, pero nunca saboyanos, formaban la verdadera Italia, dejando para los montañeses el dictado de bárbaros, con que han sido conocidos hasta los tiempos modernos.

Muy al principio se contentaban para ensanchar su territorio con la posesion de rocas peladas, desfiladeros peligrosos, y asistiendo en funciones de guerra á sus poderosos vecinos, sin bandera fija, ántes al revés cambiando de color, segun el interés lo reclamaba, hacian sus correrías en todas direcciones, ya aliados del rey de Francia, ya del emperador de Alemania; ora con los genoveses, ora con los venecianos, no sin conseguir ó nueva investidura del emperador, ó dádiva crecida del rey, ó posesion de algun valle con directo señorío. Era gente activa, inquieta y aprovechada.

Y no sin mérito: un conde de Saboya, ya en el siglo XII, dió pruebas de valor en la guerra, de prudencia en los negocios, de doblez y de política en los tratos con sus vecinos. Apoyado en el principio casi siempre fecundo de la neutralidad armada, así acudia al emperador Federico II, como al rey de Francia Felipe Augusto: daba por lo regular la razon al Imperio contra el Pontificado, y era el árbitro de las querellas de los Estados italianos encerrados entre los Alpes y el Apenino. Sus descendientes, hasta que la casa de Borbon empezó á reinar en Francia, no tuvieron otra regla de conducta que la del conde Tomás de Saboya, que así se llamaba el que puede considerarse por sus cualidades como el fundador de aquella casa, que con una perseverancia sin igual, y sin escrúpulos de conciencia, logró con el tiempo salir de la estrechez de sus bosques y de la miseria de los encumbrados riscos que le dieron al nacer natural y pobre cuna.

En los apartados tiempos de que hablamos, aunque habia democracia, no se conocia aún al rey democrático; que á haber hecho esta entidad su aparicion en el mundo político, los de Saboya, primero condes, duques despues, y reyes por último, no hubieran podido adoptando esta fórmula monárquica, trabajar por su cuenta en aumento de sus capitales intereses. La época de los reyes franceses, que perdieron su trono á fuerza de no hacer nada, holgazanes, *Fainéants* no estaba léjos, y no fueron ciertamente los saboyanos los que imitaron aquel ejemplo, que á serlo, jamás hubieran salido de sus ásperas guaridas. De todas maneras y por distintos rumbos buscaron su engrandecimiento. Con la punta de la espada, por alianzas matrimoniales, y no contentos con hallar en la tierra continuadas ventajas, tambien se dirigieron al cielo, pues en poco tiempo conquistaron para su familia un santo y un monje del Cister que murió en olor de santidad; y queriendo recorrer todos los campos, puso aquella afortunada familia sus mientes en la tiara pontificia.

Acababa la Iglesia con la muerte de Pedro de Luna, y la renuncia de Gil Muñoz, de recobrar la paz que la ambicion de los hombres turbaba por espacio de cincuenta años. Acontecimiento tan fausto habia tenido lugar en el año de 1429; ya en el de 1438 comenzaron á levantarse densas nubes precursoras de nueva tempestad. Reunióse el Concilio de Ferrara, con el objeto principal de reanudar los lazos de union con la Iglesia griega, terminando felizmente de esta manera las consecuencias funestas del cisma de Oriente: empresa árdua era el unir voluntades tan opuestas, y más que la decision casi unánime de los griegos, se oponia vigorosamente á sufrir el yugo de los latinos, una vez sacudido con tanta ventaja para los primeros, como desconsuelo de la cristiandad. Trasladado el Concilio á Florencia, por causa de la horrible peste que en aquel tiempo asolaba gran parte de la Italia, y despues por el mismo motivo á Basilea, vió frustradas sus esperanzas, aunque llevó á cabo el tratado de union, á poco tiempo declarado roto é ineficaz.

Gobernaba la Iglesia Eugenio IV, el que á un carácter enérgico, reunia tambien un gran celo para los asuntos eclesiásticos, y un instinto de justicia tan poderoso, que tuvo á ménos indisponerse con la casa patricia de los Colonas, y exponer hasta la paz de la Iglesia, ántes que renunciar á la devolucion exigida de los tesoros eclesiásticos, robados por aquellos nobles romanos.

El Concilio, sin tener en cuenta el carácter sagrado del Pontífice, y atendiendo más á las recomendaciones mundanas de los poderosos, lo depuso, le llamó perturbador de la paz de la Cristiandad, simoniaco, perjuro, incorregible, cismático y herético. El Papa Eugenio contestó al Concilio con un decreto, por el cual anulaba sus cánones, calificándolos de actos de abominacion y de latrocinio; conciliábulo en el que se habian reunido todos los demonios del Universo, para llevar á cabo la iniquidad y la desolacion á la Iglesia de Dios. Y excomulgaba á todos los que inmediatamente no se separasen de aquella sentina de vicios; y los declaraba desposeidos de toda dignidad secular ó eclesiástica; y reservaba sus almas á la condenacion eterna, como las de aquellos criminales que faltaron á los preceptos del Moisés, y que tan célebres hizo la diplomática de la Edad Media: Coré, Dathan y Abiron. No cedió el Concilio á tan suaves y paternales amonestaciones; y en su loco desvario eligió sucesor á Eugenio, y éste fué Amadeo VIII de Saboya, el cual, siguiendo fielmente las tradiciones de su casa, aceptó la tiara, que con tan pocos títulos le ofrecian los padres del Concilio: esto es, no pudiendo ser Papa, no tuvo inconveniente en ser antipapa: y hé aquí descifrado el enigma del epígrafe de nuestro artículo.

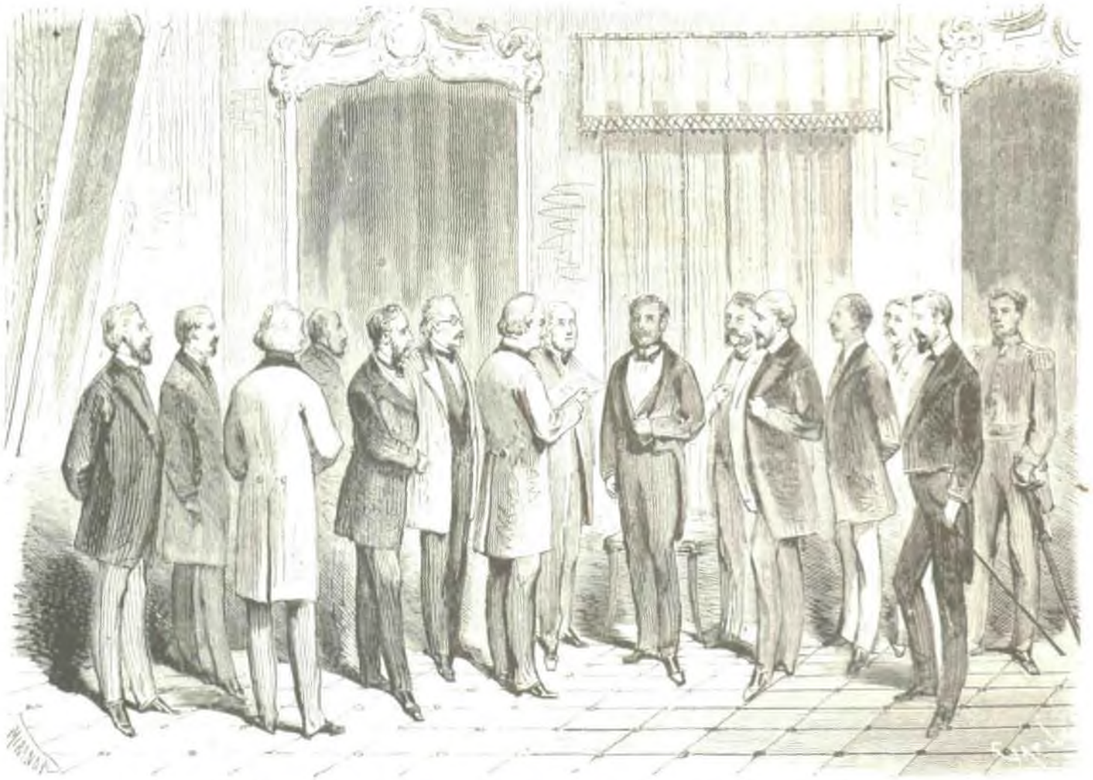
Fué Amadeo VIII uno de los príncipes más ilustres de la casa de Saboya, y afortunado en todas sus empresas; pero debió la fortuna á su discrecion nada comun, á su habilidad extremada, á su carácter justiciero. En la guerra era valeroso, en el gobierno de sus pueblos humano, dulce, y más que nadie bondadoso. Fué el primer duque de Saboya por investidura del emperador Segismundo, agradecido al beneficio que recibió de las manos de aquél, que le adelantó considerables sumas: ayúdale tambien con buen golpe de gente en la guerra contra los usistas. Quiso apaciguar las diferencias que ya de antiguo existian entre el duque de Borgoña y el rey Cárlos VII. Fué aliado de las repúblicas de Venecia y de Florencia contra el duque de Milan. Reunió á sus Estados la posesion del patrimonio de la rama primogénita de su casa, el Piamonte. No quiso aprovecharse del título hereditario que sin contradiccion le correspondia, sino que apeló al único medio de legitimidad que la razon humana consiente, como ahora se dice con énfasis y con aparato de novedad; pero no fué la eleccion de Amadeo VIII obra ni resultado de ninguna revolucion, ni causó perjuicio á segundo ni á tercero. Fué además espontánea, voluntaria, libre, con unánime consentimiento del pueblo, sin una voz siquiera que se alzara para protestar contra ella: de manera, que teniendo á su favor el derecho hereditario, vino á confirmarlo el sufragio universal de los habitantes de Turin, libremente expresado. El marquesado de Monferrato fué la última conquista con que engrandeció sus Estados, y esto acaecia en 1435.

La peste que habia diezmado á Italia, no perdonó á Saboya ni al Piamonte, y murió víctima de la enfermedad la mujer de Amadeo, á la que amaba con pasion, por ser raras sus prendas: hermosa y angelical, era el encanto y causaba la delicia de su marido. Para mayor pena, un noble aturdido y de escasos merecimientos conspiró contra su vida, y no pudiendo hacerse superior á la pérdida de la duquesa, ni á la deslealtad de un vasallo, resolvió retirarse á la soledad, entregarse á la vida contemplativa, sin abandonar por eso los cuidados del gobierno de sus Estados.

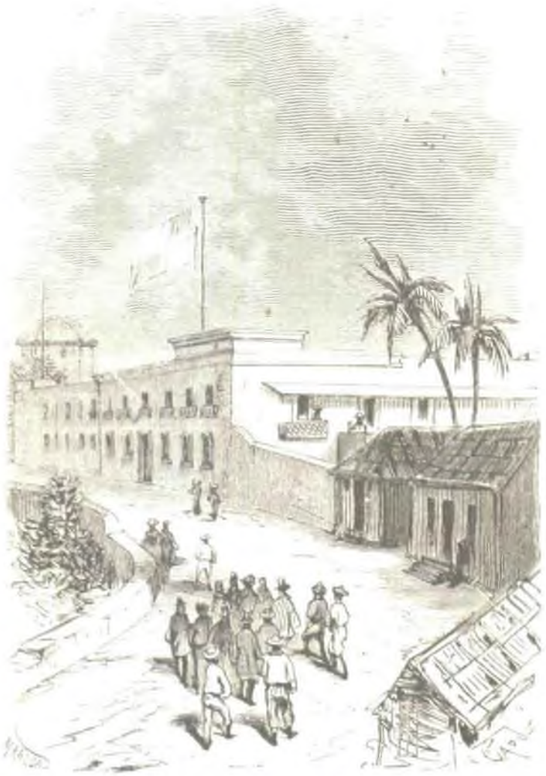
En un lugar delicioso, á la orilla del lago de Ginebra, eligió para su morada un magnífico palacio, de

REPÚBLICA DE SANTO DOMINGO

DON BUENAVENTURA BAEZ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.



PRESENTACION DE LOS COMISIONADOS NORTE-AMERICANOS AL PRESIDENTE BAEZ.



LA COMISION NORTE-AMERICANA, DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO DE BAEZ.

VISTA GENERAL DE SAMANÁ (pág. 247).

TARRAGONA.—MUROS CICLÓPEOS (pág. 242).
Torre de San Marcin. Torre ciclópea y puerta del Capiscol.

MÁLAGA.—TELON DE BOCA DEL TEATRO DE CERVANTES, PINTADO POR FERRANDIZ (pág. 246).

grande extension, con jardines y parques dilatados, donde reunia todos los encantos de la naturaleza y todas las maravillas de las artes. No se proponia ciertamente hacer penitencia el huésped de aquella morada. Corrieron voces entónces de que el retiro era motivado por sus inmoderados deseos de goces sensuales, de los que disfrutaria sin testigos importunos aquel buen duque, que habia conseguido dar grande lustre y brillante esplendor á su apellido. Pero se equivocó la malignidad de sus contemporáneos. Amadeo fundó en aquella deliciosa soledad una especie de cenobio, en el que le acompañaron media docena de cortesanos, que se hallaban en un caso algo parecido al suyo, bajo la advocacion de San Mauricio y la regla de San Agustin, sin pronunciarse más voto que el de castidad, voto sin duda consagrado á la buena memoria de la duquesa de Saboya, de cuyas prendas no parecia olvidado el duque.

Cinco escrutinios verificó el cónclave para elegir por Papa al ya poco ménos que cenobita duque de Saboya. Adoptó el nombre de Félix V; abdicó la corona ducal, y estableció su corte pontificia en Thonon, pueblo de 4.000 habitantes, patria de Amadeo IV, y adscrito hoy á Francia por la última cesion.

La gente de aquella época, maliciosa de suyo, lo cual acontece frecuentemente en épocas turbulentas, acusó al dudoso Pontífice de corruptor del Sínodo; bien que otros lo defendian; aunque confesando que de los once obispos que le habian elegido, siete eran saboyanos; lo cual, cuando ménos, probaba cuánto amaban aquellos príncipes de la Iglesia las relaciones de paisanaje que con el electo tenian. Reconoció la autoridad pontificia de don Amadeo la Saboya, ¿cómo no? Perdian un duque, pero lo encontraban otra vez en uno de los hijos del último reinante; y de todos modos, ganaban un Papa, que no era poco ganar en aquellos tiempos. Reconocieron tambien su potestad la Suiza, el duque de Austria, el rey de Bohemia y la Lituania. Alemania se mantuvo neutral, menos el órden teutónico, que se decidió por el antipapa; Francia, Italia y España quedaron en la obediencia de Eugenio; y sólo las universidades, á su cabeza la de París, adoptaron la causa del intruso. Condecorado con toda solemnidad con la triple corona, parecia asegurarla en su cabeza, cuando el dinero, que tantas causas gana, que allana dificultades como montes, y hace y deshace concordias, y convierte las paces mejor asentadas en sangrientas guerras, se burló de los buenos instintos del de Saboya, y le preparó su estrepitosa caida, aunque sobre un colchon de mullida pluma. El Concilio, que no habia dado muchas pruebas de humildad evangélica, y sobre todo, que aborrecia la pobreza, y de ella huia, tanto como la amaba y la buscaba el divino Maestro, no quiso conceder á Amadeo más que una mínima parte de las rentas eclesiásticas; y como los títulos que el antiguo duque tenia á la conservacion de la tiara eran de poco valor, graduándolos de ilegítimos la mayor parte de la cristiandad, si se sujetaba al juicio y dictámen de los doctores del orbe católico, su causa estaba perdida; si se sometia á las decisiones del Concilio, jamás Papa alguno, desde San Pedro, habia sufrido tal humillacion. ¿Qué hacer en tan apurado lance? Acudió á las Dietas de Alemania, á las universidades, á los electores del Santo Romano Imperio. Las primeras, no sólo le volvieron la espalda, sino que, reconciliadas con el legítimo Papa, lo persiguieron como intruso; y le envolvieron en la desgracia del Concilio que en mal hora le eligió en daño de la Iglesia. Los doctores que habian defendido el pro, con la misma facilidad defendieron el contra, cosa muy usada en la dialéctica de aquel tiempo, en el que se consideraba como prueba de sutil ingenio, lo que en otra época se ha llamado apostasía ó perfidia. Por último, el famoso Eneas Silvio, consultor, escritor, una de las personas más influyentes en el siglo XV, y que despues fué Papa con el nombre de Pio II, disolvió la liga de los electores, que todos á una maldijeron de Amadeo y bendijeron á Eugenio.

Quedó solo el antipapa: el caso no era raro: ejemplares presentaba la historia anteriores al año de 1439 y los ha presentado despues, y los presentará hasta la consumacion de los siglos. La voluntad de los hombres es mudable; ambulatoria, *usque ad mortem*, como dicen los jurisconsultos; por eso el derecho que tiene por cimiento la eleccion es un peligro continuo; por eso los césares romanos, á pesar de aquel poder inmenso de que disponian, y que tenia su fundamento en *la única legitimidad que la razon humana consiente*, temblaban de piés á cabeza, al ver la más insignificante reunion del Senado, ó la formacion de una cohorte pretoriana. ¿Si nombrarán á otro? decian, y si no lo decian lo pensaban; y al pensarlo, mortificados y confusos hubieran adoptado cualquiera otro título á su legitimidad, que el único que la razon humana consiente.

Murió Eugenio IV. Fué elegido canónicamente Nicolás V. El Concilio disuelto, y en tan apurado trance; el que fué primer duque de Saboya, Amadeo VIII, viéndose abandonado de toda la Europa, que renegaba de su eleccion al Pontificado romano, no imitó la conducta de Pedro de Luna, sino que mejor aconsejado humilló la cerviz ante las deciciones de la Iglesia, se reconcilió con esta santa institucion, renunciando la tiara que habia poseido durante diez años. Tan fausto suceso, que dió la paz á la Iglesia, ocurrió en Abril de 1449. En cambio de tanta humildad recibió la púrpura cardenalicia, y fué nombrado legado en la Italia septentrional y obispo de Ginebra. No más que dos años sobrevivió á tales aventuras, y hé aquí en resúmen la historia de uno de los más esclarecidos príncipes de la casa de Saboya. Y á seguir la historia de estos príncipes, la de sus guerras, y alianzas y buenas fortunas, nos vemos obligados á colocar á esta ya famosa casa en la primera clase de los linajes de que habla Cervantes, de aquellos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza.

A. Benavides.

PRISION DEL ARZOBISPO DE PARÍS.

Un dia anunció el telégrafo de Versalles:

«La Conserjería está llena de monjas y sacerdotes, arrestados en virtud de órdenes firmadas por individuos que se titulan ciudadanos servidores de la persona llamada *Dios*.»

La violencia iba acompañada del sacrilegio y la blasfemia.

Dos dias despues, el mismo telégrafo decia:

«El arzobispo monseñor Darboy ha sido aprehendido, despojado de su ropa, atado á una columna, y azotado por furiosos hombres, quienes lo expusieron luégo, durante muchas horas, á la burla de la plebe.»

En efecto: por extraño que parezca, monseñor Darboy, arzobispo de París, fué arrestado el 4 de Abril, á las cinco de la tarde, por las turbas desenfrenadas de la Villete, que no perdonaron tampoco á la inocente y virtuosa hermana del prelado.

Parece que monseñor Darboy habia sido prevenido algunas horas ántes; mas en vez de huir, esperó resignado á los delegados de la *Commune*: fué preso, por lo tanto, y conducido á la prefectura de policía, ante el magistrado M. Raoul Rigault.

El prelado, con una mansedumbre ejemplar, quiso hablar y sincerarse de los cargos que se le hacian—los comunistas le acusaban de ser un alto espía de los Bonaparte—y usando de una frase que le es familiar, empezó de esta manera:

—¡Hijos mios!...

Pero el ciudadano Rigault interrumpióle bruscamente:

—¡Aquí no hay hijos, sino magistrados!

Inclinóse monseñor Darboy, y se limitó á pedir permiso para comunicar con su familia, lo cual le fué concedido.

El grabado de la página primera de este número copia la escena que acabamos de describir.

Por lo demás, aunque ha habido periódicos, como el inmundo *Père Duchesne*, que se han mofado indignamente de las desventuras de monseñor Darboy, tambien algunos otros, áun republicanos, han escrito estas líneas:

«En Junio de 1848, murió, ante las barricadas de París, el cardenal arzobispo monseñor Dionisio Affre, que derramó su generosa sangre para detener la efusion de la de su rebaño: en Abril de 1871, los rojos apresan á nuestro prelado, le insultan y le exponen á los crueles tratamientos de una chusma incrédula y despiadada.»

Y otro periódico parisiense, lleno de indignacion, exclama:

«Ha desaparecido el París culto, el París civilizador, el París del arte y de la ciencia, y sólo queda, por lo visto, el París corrompido, el París brutal, el París impío, el París de lodo y de sangre; pero desde el momento en que París se nos presenta en su repugnante desnudez, con esa plebe que presencia impávida el suplicio infamante de su prelado, París no tiene razon de ser, y debe aplicársele el *delenda Carthago* lanzado por la humanidad.»

No se puede decir más.

Monseñor Darboy, sin embargo, continúa todavía en las prisiones de Santa Pelagia.

LOS VOLUNTARIOS DE PARIS.

Es bien curioso el grabado de la pág. 240.

Los periódicos afectos á la *Commune*, vienen casi todos los dias con estas ó parecidas noticias: «Hoy se han alistado *voluntariamente* once batallones, en el barrio de Belleville.» «Mañana, *18 germinal*, formarán 80.000 ciudadanos *voluntarios* en la Avenida de Neuilly.» «Dentro de pocos dias, los renegados de Versalles (esta frase es de moda en el Hôtel de Ville) tendrán que luchar con un pueblo inmenso que los desprecia, y con medio millon de *voluntarios* que los combate.»

Y por este estilo insertan una buena coleccion de arrogantes frases en *Le Père Duchesne*, *Le Cri du Peuple*, *Le Vengeur*, *Le Mot d'Ordre*, y otros papeles semejantes: se repite que es un gusto la palabra *voluntarios*; pero nuestro grabado indica exactamente el sistema adoptado por los comunistas para el reclutamiento... *forzoso*.

Y hé aquí la escena á que alude el dibujo:

Á M. Gilwert, jóven inglés que no habia querido ausentarse de París, parecíale que su cualidad de extranjero le ponia á salvo de las vejaciones que los satélites de la *Commune* hacian sufrir á los buenos ciudadanos parisienses.

Habitaba en la calle de Saint-Martin, y presenciaba diariamente las violencias que los exaltados guardias nacionales cometian; pero se decidió una tarde á salir de casa, y dirigióse imprudentemente hácia el Hôtel de Ville.

Grupos de ciudadanos armados llenaban la ancha calle de Rivoli; quiso retroceder el jóven británico, y de pronto, como bombas arrojadas por un mortero enorme, cientos de nacionales aparecieron á su lado, le encerraron en estrecho círculo de bayonetas y revólvers, y gritáronle con airado acento:

—¡Alto!...

—*¡How then!... ¡I am the English!*—protestaba el isleño.

Pero los rojos no entendian, ó no querian entender; y el pobre diablo fué conducido á la ex-prefectura de policía, ante los delegados de la famosa *Commune*.

—*¡I am the English!*—repitió de nuevo, en son de protesta; mas los severos magistrados hiciéronle un minucioso interrogatorio, y bien examinada la cosa, decidieron por unanimidad:

«M. Gilwert, ciudadano de París, vecino de la calle de Saint-Martin, núm..., queda inscripto en el batallon 113.º de la Guardia Nacional.»

Vése, pues, que con el sistema de enganches inventado por los comunistas parisienses, aparecen los enganchados muy *seguros* y bien poco *voluntarios*; y á tal punto han debido de llegar las vejaciones en estos últimos dias, que más de ocho mil loreneses y alsacianos, segun el telégrafo de Versalles, piden la nacionalidad alemana para eximirse de formar en las filas de la Guardia Nacional rebelde.

M. Gilwert, libre por la mediacion del cónsul de Inglaterra, creemos que se burlaria á sus anchas de los humos que gastan los *señores plebeyos* de la banda roja.

Lo sensible es que la pobre Francia se arruina con la prolongacion de un estado de cosas tan violento, y no es de extrañar que hasta los periódicos de la vencedora Alemania, quizá inspirados en un pesimismo doloroso, escriban estas crueles palabras:—*¡Hic est finis Gallíae!*

—¿Por qué?—preguntarán tan frescos los miembros del nuevo comité de salvacion pública—el *finis Gallíae* será conjurado para siempre con decretos salvadores.

Por ejemplo: ordeno y mando... que sea arrasada la casa de M. Thiers.

EL COLISEO ROMANO.

CONCLUSION.

¡Y pensar que este edificio, capaz de vencer á veinte siglos con todas sus catástrofes, se fabricó en tres años escasos! Levantáronlo, como ya hemos dicho, aquellos emperadores de la familia flavia, bajo cuya dominacion pudo consagrarse Tácito á maldecir el despotismo y llorar la república. Tito, á quien la adulacion universal llamara delicia del género humano, incendió Jerusalen; sobre las piedras calcinadas inmoló millon y medio de judíos, destinando el resto á degollarse entre sí como gladiadores en las ciudades de Siria; á ser trofeos de la entrada triunfal del vencedor por la Via Sacra; y á levantar en las espaldas amoratadas por el látigo las moles de este anfiteatro, para morir entre las quijadas y las garras de las fieras hambrientas.

Tito, despues de haber amado á Berenice como Antonio á Cleopatra; despues de haberse oido llamar Mesías por sus propias víctimas, y Dios por aquellos egipcios á quienes les nacian dioses en las huertas; despues de haber consagrado á la sombra de las pirámides nuevos bueyes al dios Apis; despues de haberse formado una corte de sátrapas en Oriente, y corrido un dia entero los molestos honores del triunfo bajo los arcos de la Ciudad Eterna, demolió la áurea casa de Neron; trocó en estátua del Sol la estátua del César adorado por la plebe; desecó el lago que se extendia entre el monte Celio y el monte Esquilino; arrancó los bosques y taló las praderas de las poéticas orillas; y en el fondo levantó el anfiteatro mayor que han visto los siglos, consagrando su inauguracion en cien dias de increibles fiestas, en que hubo combates de gamos, de elefantes, de tigres, de leones, de hombres; combates gigantescos, que salpicaron con sangre hirviente el rostro del césar y el rostro de su pueblo. Nueve mil alimañas murieron durante aquella orgía de sangre sobre la arena. La historia, que ha conservado el número de fieras muertas, no ha conservado el número de personas, sin duda porque á los césares les interesaban ménos los esclavos que las bestias.

Tito buscó en el trono algo con que apagar la sed insaciable de su ambicion, y no pudo encontrarlo. Ya no era dado desear más despues de tener bajo su mano el mundo, sobre sus espaldas el manto de los césares, en torno de su autoridad, sumisas, como rebaños, las razas, silencioso y subyugado el planeta. Mas en el punto de llegar al logro de sus ambiciones, el corazon de Tito se quebró en pedazos, ó por no tener cosa alguna que desear, ó por deseos vagos, infinitos, que en nubes de ensueños fantásticos se disipaban, disipando con ellos toda su existencia. Lo cierto es que, al pisar el trono, una inmensa tristeza se apoderó de él; una especie de tisis interior le enflaqueció el ánimo; su aliento estaba cargado de suspiros, su corazon de dolores, sus ojos de lágrimas, su vida de ilusiones, su sueño de pesadillas, su pasado de remordimientos, su porvenir de miedo; hasta que un dia, errante por la envenenada campiña de Roma, en pos de un sitio donde adormecer su hastío, espiró, mirando el cielo con los ojos enardecidos por la fiebre de infinitos y no satisfechos deseos. Cuando yo recordaba la vida y la muerte de Tito, pareciame el Circo la aglomeracion de montañas sobrepuestas por las ambiciones desapoderadas de un césar para poseer el cielo como poseia la tierra, sin lograr otra cosa que tener bajo sus plantas el hervidero de todos los crímenes, y sobre sus sienes las maldiciones de todos los hombres.

Embargado por estos recuerdos y estas ideas, habia yo recorrido todo el monumento. Lo registré, lo estudié como puede estudiar el naturalista una montaña. Entré por todos los vomitorios, las puertas que abrian paso al pueblo con tal desahogo que, sin atropellarse, entraban y salian rápidamente cien mil espectadores. Subí á sus gradas más altas, desde las cuales pude contemplar el campo romano, y á mi frente las lejanas pinturas; á mi derecha los arcos de Tito y Constantino, la pirámide de Sextio y la basílica de San Pablo; á mi izquierda las catacumbas de San Sebastian, la Via Apia con sus dos hileras de sepulcros; á mi espalda el Palatino, el Foro, la Via Sacra, el arco de Septimio Severo, el Capitolio; por do quier los lugares en que circulan como rica sávia las ideas, los lugares llenos de recuerdos, los lugares, verdadero ocaso del espíritu antiguo, verdadero Oriente del espíritu moderno.

Estaba tan absorto, que la noche vino sobre mí como si hubiera venido de improviso. Las campanas de Roma tocaban á la oracion; los búhos y otras aves nocturnas ensayaban sus primeros gritos; oíase el agudo y monótono cántico del sapo y la rana en las apartadas lagunas, al par que el *Miserere* de una procesion al entrar en la próxima iglesia: mezcla de voces del espíritu con voces de la naturaleza, que sumergian aún mi conciencia en meditaciones más silenciosas y más vagas, como si el alma se escapara de mi sér para implantarse, á la manera de las plantas parietarias, en el polvo de las inmortales ruinas.

La luna llena se levantó en el horizonte sereno, tranquilo, y vino á dar con su melancólica luz nuevos toques de poesía á los arcos, á las columnas, á las bóvedas, á las piedras esparcidas, á la desolacion de aquel lugar, á la cruz erigida en su centro como una eterna venganza que han tomado los gladiadores, obligando al pueblo romano á bendecir, á adorar lo más abyecto, el infame patíbulo de los esclavos, trasformado en el lábaro de la civilizacion moderna.

Al resplandor de la luna que surgia, al eco de las campanas que espiraba entre las dudosas sombras, pareciame ver despertarse del polvo las almas de las generaciones muertas, y venir en vuelo tan callado como el vuelo de los murciélagos, á recorrer, á visitar aquellos sitios consagrados por sus recuerdos, y queridos hasta en las regiones de las tumbas. Yo hubiera deseado detener las sombras y contarles ¡ay! lo que pasa en nuestro mundo. Si sois almas de tribunos, de senadores, de césares, sabed que todo cuanto vosotros adorábais ha muerto, y que ya los siglos han gastado hasta las gradas de los altares, herederos de vuestros altares, á fuerza de besarlas. Todos aquellos dioses que vosotros creíais inmortales, han muerto, y las ideas que los animaban, ruedan por los abismos de la historia como hojas secas, desprendidas de las renovaciones continuas del humano espíritu. Ya las nereidas no palpitan suavemente en la espuma de las ondas; ya las ninfas de marmórea blancura no suspiran, no, en el susurrante arroyuelo. El dios Pan ha dejado caer su caramillo, que llenaba de melodías los bosques. A la embriaguez de las bacantes, han sucedido la maceracion, la penitencia, el horror á la naturaleza. Un nazareno, un hijo de los judíos, de los esclavos, de aquella raza que levantó con la cadena al pié y el látigo en el rostro las moles del Coliseo, ha vencido y ha enterrado los dioses que inspiraron á Horacio y á Virgilio, que sostuvieron á Escipion en las llanuras de Cartago, y á Mario en los campos pútridos, que engendraron el arte y sometieron á su poder la victoria. En vano Tácito miró con menosprecio á los sectarios de ese jóven oscuro, pobre carpintero de Judea. En vano Apuleyo lo ridiculizó en sus apólogos y sus fábulas. Ni siquiera la inmortal risa de Luciano pudó cosa alguna contra el aliento que exhalaban aquellos labios, contra las ideas que exhalaba aquella conciencia. Los dioses han muerto. Y sobre sus cadáveres ha caido muerta Roma. El Foro es un campo en que las vacas se apacientan. El Coliseo es un monton de ruinas donde adoran los romanos el patíbulo de sus antiguos esclavos. La Via Sacra se ha hundido. En el Capitolio celebran sus ceremonias los nazarenos. Estos que vosotros creíais perturbadores de la paz pública, tienen altares y sacrificios donde ántes los tenian los dioses de Camilo y de Caton. Pueblos bárbaros venidos del Norte ahogaron los oráculos, interrumpieron las ceremonias sagradas, entregando, como si fuera su despojo, la conciencia humana á turbas de cenobitas que salian de las claocas y de las catacumbas. Y cuando la nueva creencia se habia apoderado de todas las almas, cuando habia puesto sus altares en lugar de los antiguos altares, como si el espíritu humano estuviera condenado á tejer y destejer perpétuamente la misma trama de ideas, nuevos combatientes, nuevos tribunos, nuevos apóstoles, nuevos mártires surgieron á matar la fé que sus predecesores engendraran. Y pasa por nuevas fases la conciencia humana, por nuevas angustias nuestro corazon, por nuevos estremecimientos de dolor esta ensangrentada tierra.

Yo creí oir agudos gemidos sin número, á medida que mis labios murmuraban estas incoherentes ideas sin forma. Seria el eco del viento en los cipreses y en los pinos. Seria el rumor último de la campiña al entregarse en brazos de la noche. Seria el eco de la gran ciudad, de su oracion, de sus lamentaciones. Pero asemejóse á un quejido de profundísimos dolores.

Sunt lacrimæ rerum.....

Yo, para distraerme, empecé á fingirme allá en la mente una fiesta del Anfiteatro. No era la inmensa mole este inmenso cadáver. Aquí se levantaba una estátua, allá un trofeo, acullá un monolito traido del Asia ó del Egipto. El pueblo rey entraba por los vomitorios despues de haberse bañado y perfumado en las inmensas termas, subiendo hasta la cima para desde allí repartirse en las respectivas gradas que de antemano le estaban señaladas. A un lado se veia la puerta sanitaria por donde vienen los combatientes; á otro lado la puerta mortuoria por donde sacan á los muertos. Los gritos de la muchedumbre, los agudos sonidos de las trompetas se mezclan con el aullar y el rugir de las fieras. Mientras llegan los senadores y el césar, algunos empleados de baja esfera municipal reparten entre el pueblo garbanzos tostados, que llevan como nuestros feriantes en esportillas. El suelo reluce con polvos de oro, de carmin, de minio, para disimular el color de la sangre, mientras templan la luz grandes toldos de oriental púrpura que entonan todo el espectáculo con sus encendidos reflejos.

Los senadores van ocupando las gradas más bajas. Tras de ellos colócanse los caballeros. Más arriba los padres de familia que han dado al Imperio cierto número de hijos. En las gradas superiores el pueblo. Y por último, coronándolo todo, las matronas romanas, vestidas de ligeras gasas, cargadas de riquísimas joyas, embalsamando los aires con esencias que vierten de pomos de oro, y enardeciendo los corazones con sus palabras de amor y sus voluptuosas miradas.

Mientras los espectadores aguardan al césar, que debe dar la señal del comienzo de la fiesta, entréganse á toda suerte de murmuraciones. Mira aquel glotón. Ayer se le quemaron los jardines de Pompeyo, y es tan rico que no sabia fuesen suyos. Lolia Paulina lleva sobre el cuerpo en esmeraldas sesenta millones de sestercios, pequeña suma en comparacion de las infinitas robadas por su abuelo á las opresas provincias. Aquel que acompaña siempre al césar, hurtó en cierta cena de Cláudio una copa de oro. Estos calaveras saludan al orador Régulo, porque temen el veneno destilado de su viperina lengua. Él tiene honores, mientras generales que han vencido á los bárbaros y han muerto en defensa de Roma, están hace diez años insepultos. El médico Eudemio llega: no tardarán ciertamente en aparecer sus pupilas de corrupcion y de amancebamientos. Mira aquella niña; tiene ocho años y no es virgen. Su ilustre madre, con pertenecer á una de las familias romanas más ilustres, se ha borrado de la lista de las matronas y se ha inscrito en la lista de las prostitutas.

Pero viene el césar y el pueblo lo aclama, siempre agradecido á las fiestas, y sobre todo á las matanzas. Los sacerdotes y las vestales consagran sacrificios á los dioses protectores de Roma. La sangre corre, las entrañas de las víctimas se consumen y se disipan prontamente en el fuego sagrado, suenan los coros y la música, vocifera nuevamente la muchedumbre, á una seña imperiosa aparecen los gladiadores, que saludan á todos con la sonrisa en los labios, como si les aguardara festin sabrosísimo, en vez de la implacable muerte.

Dividense estos infelices en varias categorías. Los esedarios guian carros pintados de verde. Los mirmillones se ocultan tras redondos escudos de hierro, por uno de cuyos lados muestran afiladísimos cuchillos. Los requiarios tiran al aire y recogen con grande habilidad

INSURRECCION DE PARIS.—RECLUTAMIENTO DE VOLUNTARIOS DE LA COMMUNE (pág. 238).

INSURRECCION DE PARIS.—PRISIONEROS HERIDOS CONDUCIDOS A VERSALLES (pág. 238).

EL PARQUE DE MADRID EN LAS BANDAS DE MAYO.—(Alegoría) pág. 240.

sus tridentes. El traje de éstos vistosísimo es: túnica roja, borceguíes celestes, casco dorado que remata un luciente pez. Los ecuestres recorren con gran agilidad en sus caballos el circo. La luz se refleja en los petos de acero y en los collares y en los brazaletes. Sus túnicas son multicolores y recuerdan los trajes orientales. Los bestiarios vienen los últimos, todos escogidos entre los más hermosos, todos desnudos, todos imitando en sus actitudes artísticas posiciones de clásicas estátuas, todos saludados con mayor frenesí por el pueblo, porque son los más fuertes y los más espuestos y los más valientes.

Han nacido en las montañas, en los desiertos, entre las caricias de la naturaleza, respirando el aire puro de los campos y la sagrada libertad. La guerra, y solamente la guerra, ha podido arrancarlos á su patria. Ya en Roma, los han cebado para que tuvieran sangre, sí, sangre que ofrecer en holocausto á la majestad del pueblo romano. Allá en la ergastula, quizá muchos de los que ahora van á herirse ó matarse entre sí, han contraido estrechísimas amistades. Quizá muchos son hermanos por la naturaleza, hermanos por el sentimiento, y habrán de herirse, habrán de inmolarse, cuando unidos en los mismos afectos, podrian hundir las espadas en las entrañas del césar, y vengar á su gente y á su raza.

Pero ya se acechan, ya se buscan, ya se amenazan, ya se traban y se empeñan bárbaramente en cruentísima pelea. Si alguno, movido de miedo por sí, ó de compasion por su contrario, retrocede, el maestro del circo les clava un boton de hierro candente en las desnudas carnes. La roja sangre cae y humea por todas partes. Uno se ha resbalado en ella. El pueblo grita creyéndole muerto, y le silba cuando se levanta vivo. Éste se desmaya despues de esfuerzos gigantescos para sostenerse de pié. Aquél cae desplomado de una sola herida sobre su escudo. El otro se retuerce en dolores infinitos, y tiene el estertor de una agonía epiléptica. Dos se han herido mortalmente entre sí; pero al caer, soltando sus espadas, se han abrazado para sostenerse y auxiliarse en la muerte. Miembros mutilados, tripas rotas, sollozos de agonía, estertores de moribundos, rostros contraidos de muertos, últimos suspiros mezclados con quejidos, gritos de rabia y desesperacion; todo esto es grandioso espectáculo para el pueblo romano, que grita, palmotea, se embriaga, se enfurece, sigue con nerviosa atencion el combate, saltándole los ojos de las órbitas como para ver más la matanza, abriendo las narices y el pecho para recoger los vapores de la sangre.

La cólera, sí, la cólera flotaba como única pasion sobre toda aquella carnicería. La escultura antigua, generalmente de una serenidad tan olímpica, nos ha dejado la imágen viva de esta cólera en la escultura del gladiador combatiendo. Dilátanse sus ojos, sobre los cuales como que extienden tempestuosa nube las fruncidas cejas. Sus miembros robustísimos adquieren una infinita tension. La cabeza se avanza hácia adelante inclinada sobre el pecho, á fin de parar los golpes. Su cuerpo está en actitud de lanzarse á la pelea sostenido sólo por el pié derecho. El brazo izquierdo amenaza, en tanto que él puño derecho fuertemente contraido se apercibe á dar un golpe mortal. Aquella estátua es la imágen viva del ódio. Y ódio contínuo ha engendrado en torno de Roma espesísima nube de cólera, de maldiciones que tuvieron su satisfaccion terrible en la noche apocalíptica de las venganzas eternas, en la noche de las victorias de Alarico, y de las orgías de los bárbaros, los hijos de los esclavos y de los gladiadores.

¿Quién, quién puede extrañar los castigos de Roma? Toda su fuerza, toda su majestad, toda su grandeza han sido destruidas por una idea. Allá en las catacumbas se ocultan oscuros sectarios que quieren oponer al sensualismo antiguo el espíritu, á la religion pagana y al Imperio dogmas que Roma no podia admitir sin perecer. Esos sectarios huyen la luz del dia y se encierran temerosos en las catacumbas. Allí pintan el Buen Pastor que les guia á la eternidad, la paloma que les anuncia el término del gran diluvio de lágrimas en que se ahoga nuestra vida. Allí entonan himnos á un tribuno oscuro, pobre, débil, que no ha sabido matar como los conquistadores, sino morir humildemente en ignominiosa cruz. De allí han salido estos confesores de la nueva fé, para sellarla con su sangre sobre las arenas de este mismo circo. El anciano, el jóven, la tierna doncella han oido sin estremecerse el maullar del tigre asiático, el rugir del leon africano. Las fieras hambrientas han salido de las grandes jaulas que todavía en los cimientos del circo se ven, y han clavado sus garras y sus dientes sobre los cuerpos indefensos de los mártires. Mientras se repartian las panteras, las hienas, los tigres, los leones sus restos palpitantes; mientras bebian con furor insaciable la sangre, los romanos aclamaban al césar creyendo que con aquellos miembros devoraban las fieras una supersticion, y con aquella sangre se bebian las fieras una idea. Y los césares han muerto, y los pretorianos se han dispersado, y las piedras del coliseo han caido, y una nueva idea ha reemplazado á las antiguas ideas, que convirtiéndose de perseguida en perseguidora, ha intentado á su vez destruir nuevas sectas, ahogar nuevas creencias, no pudiendo llegar con sus excomuniones, ni con su inquisicion, ni con sus tormentos, al disco inmortal del espíritu humano, que brilla eternamente entre las ruinas y entre los dioses, entre los pueblos que mueren y los pueblos que empiezan, entre las creencias y los dogmas, como el sol perenne, entre los coros de los mundos.

EMILIO CASTELAR.

MUROS CICLÓPEOS DE TARRAGONA.

I.

Si no fuese una verdad reconocida por todos los hombres sabios del mundo civilizado, que la arqueología es la hermana mayor de la historia y su mayor amiga, el estudio de los monumentos de Tarragona vendria en su apoyo á demostrarlo.

Hace apenas un siglo que las antigüedades de esta memorable ciudad eran bien poco conocidas y ménos estudiadas; y nuestros mayores, al contemplar las inmensas moles que componen su amurallado recinto, quedaban estupefactos, pero sin ocurrírseles siquiera que aquellos hacinados y toscos pedruscos, colocados al parecer sin órden ni concierto, y á los que no concedian importancia alguna, eran suficientes por sí solos para dar renombre y fama á cualquier poblacion oscura que los poseyera, no siendo Tarragona, célebre ya en la historia por más de mil conceptos.

La generalidad de los eruditos de los pasados siglos, más atentos á la hiperbólica frase de Plinio, que consideraba la capital de la España Citerior fundada por los Scipiones, como Cartago lo fué de los Penos, no se detenian en examinar críticamente los diferentes géneros de arquitectura que constituyen el indicado recinto militar, y confundiéndolos todos en uno, consideraban de procedencia romana lo que pertenecia á épocas anteriores á toda historia.

Estaba tan encarnada esta errónea opinion en la mente de nuestros literatos é historiadores, que hubieran tenido por visionario al que otra cosa pensara contraria á la autoridad de Plinio: así es que hombres tan eminentes como el célebre don Antonio Agustin, arzobispo de esta metrópoli, y el P. M. Florez, al describir ambos los restos monumentales de Tarragona, vieron solamente la mano de los romanos, siendo por lo mismo necesario todo el desarrollo de la arqueología en nuestros dias para poder distinguir, con auxilio de la ciencia, la diversidad de épocas, de pueblos y de civilizaciones á que corresponden.

Bien es verdad que á últimos del siglo XVI, un escritor tarraconense, Miser Luis Pons de Icart, escribió bajo el título de *Grandezas de Tarragona*, una obra destinada á dar noticia de los restos á la sazon existentes; pero lo verificó con tan escasa crítica, que sólo puede verse en ella su buena voluntad y eficacia, y la inapreciable circunstancia de recordar los que han desaparecido durante los tres siglos trascurridos, que de otra manera ni memoria habria quedado.

El P. M. Florez, ya citado, en el tomo XXIV de su *España Sagrada*, hace exactamente un siglo, emprendió con algun mayor criterio la descripcion monumental de Tarragona; pero si entónces la obra del eruditísimo escritor llenaba todo su objeto por las razones antedichas, al presente deja mucho que desear, como sin duda lo dejarán dentro de otro siglo las ideas que dominan en nuestros dias; tal es en el espíritu humano el estímulo de adelanto y de perfeccionamiento que lleva impreso en sí.

Muchos y muy conocidos son ya los restos monumentales que todavía subsisten en la ciudad de los Scipiones y de Augusto; y muy robustos deben ser, cuando han podido llegar á nosotros al través de las vicisitudes y ruinas que ha sufrido Tarragona desde la caida del imperio romano: y si el hombre no contribuye á destruirlos, como es muy temible, sin duda alcanzarán muchos de ellos la consumacion de los siglos, así como vieron las primeras edades del hombre en Europa.

Nuestro objeto en el presente artículo histórico-arqueológico es describir el más importante de ellos, y sin embargo, el más desconocido y poco estudiado, ántes que desaparezca completamente, segun está amenazado, y este resto es el muro primitivo que circuye la ciudad, y cuyo origen se pierde en la oscuridad de los siglos que preceden á toda historia tradicional y escrita.

Para proceder, pues, con acierto haremos su descripcion, y nos ocuparemos en seguida de las investigaciones que se han hecho hasta aquí en busca del pueblo y de la época durante la que fué construida, toda vez que no titubeamos en asegurar que es el resto arqueológico más antiguo y más considerable en su género que existe, no sólo en España, sino tambien en Europa, como demostraremos en su lugar.

La ciudad de Tarragona fué fundada en la meseta de una colina aislada, que batida por las olas del Mediterráneo se eleva á 523 piés sobre el nivel del mar, y desde aquella altura al Norte describe una suave pendiente hácia el Sur, viniendo á morir á una reducida ensenada, que desde los más remotos tiempos ha servido de puerto á dicha ciudad.

Todos los indicios concurren á demostrar, que la cerca militar de Tarragona estaba primitivamente circunscrita á una simple acrópolis, ocupando la parte más culminante de la colina, y que consecutivamente fué extendiéndose hasta constituir una ciudad amurallada del género llamado ciclópeo, de manera que no conocemos otro ejemplar de un recinto fortificado de tanta extension ni en la Argólida, ni en la Etruria (Toscana), puntos donde subsisten los vestigios monumentales de aquella colosal arquitectura, los cuales se redujeron á simples y circunscritas acrópolis ó ciudadelas, colocadas en la cumbre de alguna colina, como fué primitivamente la de Tarragona.

La obra está formada de grandísimos y toscos bloques sin labor de ningun género, colocados simplemente unos encima de otros, sin más arte que el innato del plomo y el cordel; y los numerosos huecos que dejaba la irregularidad de los tales pedruscos los rellenaron de otras piedras menores, á manera de cuñas, y esto es solamente en el exterior, para impedir sin duda el escalamiento de los muros, puesto que habiendo desaparecido muchas de ellas, se observan grandes cavidades interiores.

La grandeza de estos bloques es varia, y hay de ellos que miden algo más de cuatro metros de longitud por dos de altura, sin que pueda apreciarse su profundidad, colocados como están en el muro.

Este tiene de altura máxima, en los puntos donde se conserva entero, de siete á ocho metros, con seis de espesor en su base por término medio, apoyándose esta gigantesca y pesada construccion inmediatamente sobre la peña viva, que le sirve de cimiento, siguiendo naturalmente todas las sinuosidades de la meseta de aquella colina, cuya forma desde alguna distancia es la de una cuña.

En tiempo de Pons é Icart (1545) se conservaba visible todo el basamento de este considerable y rudo recinto; pero durante los tres siglos trascurridos desde entónces se ha destruido gran parte de él para apro-

vechar la piedra en las construcciones modernas, erigidas en la parte inferior de la colina donde hoy se halla la hermosa poblacion del puerto de esta ciudad; sin embargo, áun subsisten las tres quintas partes de dicho recinto en lo alto de la colina, ó sea la ciudad antigua.

Será sin duda error de guarismo el extraordinario perímetro que le señala dicho Pons de Icart, quien asegura que medido por sí mismo tenia nada ménos que 40.842 varas catalanas de extension, lo que equivaldrian á 31.856 metros; y dando 5.555 metros á una legua, la muralla de Tarragona hubiera tenido de circunferencia cerca de 6 leguas, lo que es imposible; lo cierto es que, calculada la meseta de la colina en donde se asentaba, no podia tener más allá de unos tres kilómetros, ó sean 3.850 varas aproximadamente, que no es poco, atendido el inmensísimo material que se necesitaba para su ereccion, no contando aún sino el espesor y altura actuales, pues no dudamos que primitivamente seria más elevada, habiéndole rebajado los romanos cuando edificaron encima su hermosa muralla que áun se conserva.

Lo admirable es, que absolutamente se ignora de dónde sacaron los desconocidos constructores tanta piedra, en el supuesto que no hay en los contornos cantera alguna explotada, y por cierto se necesitaba para tan grandiosa obra ahuecar toda una montaña. Sospéchase que aquellos buscaron y llevaron arrastrando todos los pedruscos que existian á una legua en torno de la ciudad, y esta induccion se funda ya en que no se conoce en ninguna de aquellas pesadísimas moles la menor señal ó vestigio de herramienta que indique haber sido arrancada de cantera alguna, ya tambien que todas ellas son irregulares y accidentadas, hallándose sus aristas y ángulos más prominentes redondeados por el roce, como si hubiesen sido conducidas dando tumbos desde la llanura, en donde es muy posible las encontraran ya arrancadas por la misma naturaleza. Esta hipótesis no satisface mucho en verdad, pero el caso es que no encontramos otra solucion.

No es ménos difícil calcular con alguna probabilidad la manera como fueron subidas á tal altura por la pendiente escarpada de la colina, como lo es igualmente de qué medios mecánicos se valieron para colocarlas con tanta precision unas encima de otras, hasta más de ocho metros. Calculamos que para una y otra operacion se valdrian de planos inclinados, subiéndolas por medio de arrastras ó dando tumbos como queda dicho, y confirma esta conjetura la circunstancia de que los pedruscos están dispuestos en hiladas horizontales, siendo de creer que se colocó la primera inmediatamente encima de la peña viva, escogiendo las más voluminosas á este objeto; luégo se terraplenó esta hilada, y se hizo correr encima de ella las piedras ménos grandes hasta formar la segunda; inmediatamente la tercera hilada, y así sucesivamente las demás hasta su conclusion. Colígese que al sacar la tierra de los intermedios quedaron grandes huecos ó intersticios ocasionados naturalmente por la irregularidad de dichos pedruscos, y entónces se pusieron las cuñas para asegurarlos y dar un aspecto regular á la obra; pero de todos modos, el conjunto de esta construccion, única en España, presenta un aspecto rústico y grosero.

A distancias regulares defienden los flancos de esta muralla unas torres cuadradas salientes, y junto á cada una hay su correspondiente puerta de entrada, tan grosera y rústica como el mismo muro. Acompañamos el dibujo exacto de una de ellas, en el supuesto que todas son iguales con poca diferencia en forma y dimensiones. El aspecto exterior del vano de estas puertas ciclópeas es el de un rectángulo perfecto; seis grandes bloques, sobrepuestos como el muro, sin mortero de ninguna clase, forman las dos jambas, sólo que se tuvo cuidado en buscar los que formaban ángulos regulares á fin de dar más buen aspecto á la entrada, y un peñasco de colosales dimensiones atravesado sobre las jambas constituye el dintel. Si se examina el interior de esta puerta, presenta el aspecto de un largo corredor ó galería que comprende todo el espesor ó grueso del muro. Once de aquellos toscos bloques sirven para la pared de la derecha de este corredor, y doce para la de la izquierda; el techo lo forman cuatro grandísimos peñascos.

La altura desde la peña viva al techo es de 2'43 metros, el ancho del corredor 1'46 metros, y la longitud del mismo 5'74 metros, que es el espesor del muro en su base. Las dimensiones del dintel antedicho son extraordinarias, porque mide 4'4 metros de longitud, uno de altura y otro de espesor. No es fácil averiguar las de los otros pedruscos que forman el techo, porque gran parte de ellos se oculta dentro del muro; pero la central es inmensa, pues tiene tres metros de anchura, de manera que dándole igual longitud y altura que la del dintel, puede evaluarse su peso á 37.800 kilógramos, ó sean 3.558 arrobas; así es que al levantar uno la cabeza para contemplarla, no puede ménos de estremecerse, considerando lo que seria de su frágil persona si se desprendiese en aquel momento; y la imaginacion se pierde al pensar cuán ingenioso y potente debia ser aquel pueblo constructor, atendido el que con sólo la fuerza bruta y sin auxilio del arte pudo mover y levantar aquellas enormes y pesadísimas masas.

No es posible atinar cómo se cerraban estas entradas, supuesto que no hay en las jambas ni en el dintel esconce alguno ó tranquero en donde batiera la puerta (si es que la hubo), ni agujero para poner los goznes ó el quicial en el que debia girar el espigon ó eje de ellas, como en la puerta de la acrópolis ciclópea de Tyrinto, y sospechamos que en momentos de peligro se obstruirian llenando el hueco del corredor con piedras, troncos de árboles ó de otra manera análoga.

Hasta el presente se han encontrado, y subsisten bien conservadas, siete de estas toscas puertas, cinco que miran al interior y dos á la parte de la marina. Las del interior estaban todas flanqueadas de torres, como queda dicho; las dos que miran al mar no tienen torre alguna, lo que ha hecho concebir la idea de que el pueblo constructor vino por mar, y erigió la primitiva acrópolis para defenderse de los indígenas, conservando en los numerosos silos que hay en su interior, excavados en la roca viva, el trigo y legumbres que en sus merodeos y repentinas algaradas recogerian en el feraz territorio, que á inmensas distancias se extiende al pié de la colina fortificada, y que hoy se denomina *campo de Tarragona*.

Evidentemente este pueblo emigrante y desconocido hubo de estar en hostilidad con los antiquísimos habitantes de esta comarca, puesto que además de la circunstancia antedicha, de que las torres salientes sólo se hallan en la parte de tierra, y la de escoger una colina aislada y bañada del mar, por donde sin duda habian venido, hay la otra notable de que en la parte más culminante de ella nace de entre unas rocas una fuente ascendente, bastante copiosa para consumo de la colonia advenediza, al rededor de la que se erigió la primitiva y circunscrita acrópolis; y manifiesta además aquella hostilidad, el que á la sazon pasaba lamiendo la parte occidental de la loma de Tarragona el rio Francolí, y á pesar de ello no se aventuraron á ser sitiados por sed, prueba de que los ataques debian venir de parte de tierra, lo que no nos admira, pues los indígenas en más de una ocasion debian reunirse para procurar arrojar del país á tan molestos y gravosos huéspedes; pero por lo visto todos sus esfuerzos se estrellaron contra la robustez de esta colosal ciudadela.

El desarrollo sucesivo de la colonia, y la continuacion del estado de hostilidad antedicha, obligó á extender el recinto hácia el Sur por la suave pendiente de la colina; y no existiendo otro manantial que el que se halla en la parte más prominente, hubieron de perforar la peña viva en busca de agua, la cual encontraron á los 50 metros de profundidad, y hé aquí el pozo ciclópeo, cuyo cañon dividido en once pisos se conserva al cuidado de la Comision de monumentos, en la plaza de la Fuente de esta ciudad.

Aun fué preciso otro ensanche á las dos cercas descritas, y entónces la fortificacion ocupó toda la meseta de la colina hasta llegar á la orilla del mar, y en esta disposicion pudo todavía examinarla Pons de Icart en 1545. En las excavaciones practicadas durante estos últimos años se han encontrado diversos y profundísimos pozos labrados en la peña viva, cuya abundante y saludable agua, sin la menor duda, sirvió para el consumo de aquella colonia advenediza. El referido Pons de Icart menciona otras cinco torres además de las descritas, y dos pequeñas puertas que existian en el muro que miraba al interior, todo lo que ha desaparecido por completo; pero no nos habla de torres en los lienzos de la muralla, que tambien han desaparecido y daban frente al mar, circunstancia que comprueba la conjetura de la hostilidad antedicha. Al presente se conserva en el mismo estado, segun estaba en el siglo XVI, toda la parte alta de la ciudad, ó lo que constituia en aquellos remotísimos tiempos las dos primeras acrópolis ó recintos ciclópeos.

Tan difícil como adivinar la época y la procedencia del pueblo que construyó la cerca ciclópea de Tarragona, es la de que cuánto tiempo permaneció en pié esta ruda fortificacion, y si los recienvenidos al fin llegaron á fundirse con los indígenas que les rodeaban. Tambien es un enigma la averiguacion de cuál fué el pueblo que destruyó esta gigantesca obra, porque á nuestro entender cuando ménos debia ser tan numeroso, potente y fuerte como los constructores, y grande seria su irritacion contra los defensores de ella, para inducirles á llevar á cabo una venganza tan terrible como completa.

En efecto, la demolicion se verificó con rigor, y la muralla, que tenia más de ocho metros de altura, quedó reducida á uno, dos ó tres en todo su perímetro, á excepcion de dos ó tres pequeños lienzos que se conservan íntegros y que nos han servido para poder formarnos una idea de sus primitivas dimensiones. Sin duda creyeron los invasores satisfecha su venganza al dejar convertida en un monton confuso de toscos pedruscos lo que ántes fuera muralla, y sin duda tambien redujeron á pavesas las cabañas ó aduares que les servian de habitaciones en el interior de este imponente recinto; de ello podemos dar fé, porque en nuestras constantes investigaciones durante treinta años en las excavaciones verificadas para la construccion del puerto de Tarragona, hemos descubierto en los terrenos de detritus que cubrian la roca de la colina, cuatro distintas ruinas superpuestas, formando otras tantas zonas diferentes; y en la más profunda y junto á la peña hemos encontrado los vestigios de aquel terrible incendio en vigas carbonizadas, paredes de tapia demolidas y ahumadas, tiestos de vasijas de barro tosco, hechas á mano, ennegrecidos por el fuego, y restos de piedras calcinadas, de todo lo cual se han depositado ejemplares en el Museo arqueológico tarraconense; y hé aquí otra prueba, si prueba necesitara lo que dijimos en un principio, de que la historia de los primeros tiempos no existiria sin los auxilios que le presenta la arqueología comparada.

¿En qué época, pues, ocurrió este desastroso acontecimiento, y cuánto tiempo hubo de permanecer arruinada esta ciudad? Hé aquí otro enigma que para descifrarlo tendremos que acudir nuevamente á la observacion y á la arqueología, toda vez que la historia guarda sobre tal acontecimiento el más profundo silencio.

No dudamos asegurar que hubieron de trascurrir muchísimos siglos, y es posible tambien que durante tan dilatado periodo quedase abandonado y agreste este sitio hasta volver á repoblarse; dos razones nos impulsan á discurrir de esta manera, y ambas se apoyan en la arqueología comparada.

La primera obra que se levantó encima de los vestigios del muro ciclópeo fué la hermosísima muralla ibérica, compuesta de perfectos sillares almohadillados, en el centro de cada uno de los cuales se halla profundamente esculpida una letra del alfabeto ibérico, en tan grandes proporciones, que casi ocupan la superficie del sillar. Suponiendo, como no dudamos asegurar, que el muro ciclópeo se erigió en tiempos prehistóricos, cuando las artes eran rudimentales y se hallaban todavía en su niñez, hubo de trascurrir un

ESQUILADOR DE CABALLOS POR EL SISTEMA DE M. EARLE DE NUEVA-YORK (pág. 247).

NUEVA MODO [illegible] DE LAS CUADRAS DE MM. POST Y NICHOLS (PÁG. 247).

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO, POR ORTEGO.

Lo de más importancia y lo de ménos, en la romería.

Artículos de primera necesidad.

Parte integrante de la funcion.

MEDIDA DEL TIEMPO EN LA ROMERÍA.

Las 6 de la mañana. Las 8. Las 10. Las 12. Las 2 de la tarde. Las 4. Las 6. Las 8.

Un romero á quien no le han salido las cuentas.

Efecto que produce la leche de las Navas á los diez minutos de beberla.

Fenómenos que se presentan este dia á implorar la caridad pública.

Fin de fiesta, ¡la mar!

periodo inmenso para alcanzar una época tan perfecta como presenta la muralla ibérica; basta comparar de una sola mirada las dos obras que subsisten en el más perfecto estado de conservacion, para convencerse de la diferencia de civilizaciones. Esta cortina de muralla ibérica está formada de dos revestimentos, uno exterior y otro interior, ocupando el mismo grueso del muro ciclópeo (6 metros), y el vano ó hueco que dejan estas dos paredes de silleria fué rellenado de tierra apisonada, ejemplo que siguieron los romanos que sucedieron á los iberos en las construcciones murales de Tarragona.

Lo natural era, que existiendo confusamente amontonados tantos pedruscos, por efecto de la ruina verificada en la obra ciclópea, como queda dicho, los iberos constructores se hubieran valido de ellos, toda vez que se hallaban á pié de obra, ahorrándoles asi la explotacion de la cantera, que no era poco adelanto; pero léjos de esto, la piedra empleada para aquellos sillares no es de la calidad de los bloques, encima de los cuales se apoyan, y por lo mismo de diversa cantera y toda uniforme; entónces, pues, ¿qué se hizo del inmenso material que ocasionó la ruina antedicha? ¿Cómo no se advierte en las inmediaciones de este recinto militar pedrusco alguno de los que primitivamente formaron la construccion ciclópea, ya que no la aprovecharon los iberos? Sólo una contestacion nos parece lógica. Suponiendo un trascurso de tiempo considerable, siglos seguramente, se volvió á repoblar la ciudad por gente pacífica, y los bloques desquciados fueron reducidos á fragmentos para las nuevas habitaciones: únicamente asi puede explicarse su desaparicion; y cuando los iberos por causas que nos son desconocidas tuvieron que levantar su hermosa y perfeccionada muralla, se vieron en la necesidad de arrancar sus sillares en una cantera que subsiste cerca de la ciudad.

Dos pruebas, asimismo arqueológicas, vienen en apoyo de esta conjetura. Al abrirse no hace muchos años los cimientos de las casas de la plaza de la Fuente, límite del segundo recinto ciclópeo, y en las inmediaciones del pozo de la misma clase que mencionamos arriba, á la profundidad de cuatro y cinco metros se han encontrado los bloques absolutamente iguales á los del muro y en bastante número, los cuales, partidos con el auxilio de la pólvora, han servido perfectamente para las modernas construcciones. Además, en varias catas hechas en la citada plaza se han encontrado muchos de los mismos pedruscos, prueba de que están esparcidos junto al antiguo recinto interior, cubiertos de una capa gruesa de tierra, que los ocultó á la vista de los repobladores de la ciudad, lo que no sucedió con los del exterior por hallarse la roca pelada y en descubierto.

La segunda prueba la hemos visto en las excavaciones enunciadas arriba, en la cantera del puerto, pues en el corte vertical de los terrenos se observan ó asoman en él manifiestamente las ruinas superpuestas de cuatro diferentes civilizaciones en esta forma: en lo más profundo, y á tocar con la roca de la colina, los restos de las habitaciones incendiadas, llenas de tierra ennegrecida y ahumada, confusamente mezclada con carbones y cenizas. Encima de esta capa, bastante desigual, hay otra de tierra vegetal de diferente color, sin duda acarreada por los elementos, en la que se distinguen perfectamente las raicillas de las plantas que vivieron en unos tiempos muy apartados de nosotros, y áun hemos encontrado raices de árboles de que sólo se conservaba una materia esponjosa, cuyos ejemplares se conservan en el Museo.

Inmediatamente encima de este terreno siguen ruinas de una época muy culta y civilizada, con restos de escultura pintada policrómata y vasijas de barro negro finisimo, de elegantes formas, al parecer etruscas, las cuales contrastan extraordinariamente con las toscas vasijas de la época anterior, que cubren, formadas de un barro negruzco y arenoso.

Entre esta zona de terreno de detritus y la romana, que ocupa la parte superior, cubierta de otra gruesa capa de terreno vegetal, se hallan ruinas de otra época desconocida que suponemos ibérica, por el gran número de monedas de este género entre ellas confundidas, las que igualmente hemos recogido y depositado en el Museo. Debemos advertir, á fin de evitar dudas, que el hallazgo de estas cuatro capas superpuestas de ruinas se ha verificado en diversos puntos distantes unos de otros en la cantera, lo que aleja toda idea ó sospecha de que pudiera ser un accidente fortuito este acumulamiento de ruinas de diferente género y civilizacion.

En resúmen tenemos, que la muralla ciclópea se levantó por un pueblo desconocido venido por mar, en plena edad de la piedra, y durante la época prehistórica. Que la fortificacion se erigió primeramente en acrópolis en la parte culminante de la colina de Tarragona contra los indígenas habitantes de la llanura, y esta acrópolis fué extendiéndose en tiempos posteriores hasta convertirse en una ciudad amurallada. Que despues de mucho tiempo fué destruida por otro pueblo tan vigoroso como el constructor, y continuó demolida la fortificacion hasta que los iberos edificaron su magnífica muralla encima de los restos ciclópeos, la que tambien fué arruinada á su vez. Los romanos á su venida á España, aprovechando los restos de uno y otro pueblo construyeron los muros áun subsistentes en la parte alta de Tarragona, los cuales eran ya entónces de tanta resistencia y solidez, que inspiraron al poeta romano Ausonio estos hermosos versos:

Clara mihi post hæc memorabere nomen Iberum
hispalis æquorens quam præterlabitur amnis,
submittit cui tota suos Hispania fasces,
Corduba non, *non arce potens tibi Tarraco certat*,
quæque sinu Pelagi jactat se Bracara dives.
Epig. IX.

Y Marcial, comparando su fortaleza con las demás ciudades de España, puso este epigrama:

Nostra cornus libelle flavo
longum per mare sed faventis unde,
et cursu facili tuisque ventis.
Hispanæ pete Tarraconis Arces.
Lib. X. Epig. 104.

Tarragona 4 de Marzo de 1871.

BUENAVENTURA HERNANDEZ SANAHUJA.

EL PARQUE DE MADRID.

Es el paseo favorito de los madrileños, — y de las madrileñas hermosas.

Un cantar popular dice:

Si eres jóven y bonita,
y quieres hallar marido,
en las mañanas de Mayo
vete, niña, al Buen Retiro.

y las niñas madrileñas, tomando al pié de la letra el consejo que se les da en la anterior coplilla, acuden al Retiro, hoy Parque de Madrid, si no en busca de marido (aunque todo puede ser), por lo ménos á pasear por aquellos frondosos bosquecillos de mirtos y lilas á respirar el aire puro y embalsamado de aquellos frescos verjeles.

Los alrededores del estanque grande y de los Cisnes, el Parterre, las sombrías plazuelas y calles de árboles, los escondidos bosques de cipreses y laureles, cualquier, en fin, parte del delicioso paseo, hállanse desde bien temprano, en las agradables mañanitas de Abril y Mayo, visitados por alegres familias ó por enamoradas parejas, y mientras las buenas mamás, sentadas á la sombra de alguna acacia, *descabezan* el sueño que les ha robado la madrugada, las *pollas* y los *pollos* pasan el rato jugando á las *cuatro esquinas*, ó á los aros, ó al *zapatito* ó al volante.

Tampoco faltan, algunos enfermos que van á la fuente de la Salud en busca de la idem, ó desgraciados que se ocultan en los sombrios bosquecillos para lamentar sus penas.

En la pág. 241 ofrecemos una alegoria del aspecto que presenta el Parque de Madrid en las deliciosas mañanitas de Mayo, y creemos que agradará nuestro dibujo á los benévolos suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

MÁLAGA.—EL TEATRO DE CERVANTES.

Sobre las cenizas del teatro del Príncipe Alfonso, los malagueños han construido el suntuoso coliseo de Cervantes.

Suele decirse que la ejecucion de los proyectos más grandes se debe en ocasiones á coincidencias rarísimas, tal vez á la casualidad, y esto es casi cierto con respecto á la magnífica obra de la cual nos ocupamos ligeramente.

Pocos dias despues del incendio que convirtió en ruinas el teatro del Príncipe Alfonso, tres personas, reunidas en un aristocrático círculo de Málaga, lamentáronse primero de las consecuencias de aquel siniestro, y luégo iniciaron la idea de construir un nuevo y más hermoso teatro.

La tal idea tomó cuerpo: la noche del 2 de Marzo de 1870, se reunieron en casa de don Adolfo Pries como unos veinte ricos propietarios de la ciudad; el arquitecto señor Cuervo y Gonzalez presentó los planos y presupuestos; ambas cosas fueron aprobadas por los concurrentes, y constituyóse allí mismo una sociedad, representada por un capital de 150 acciones á 10.000 rs. cada una, para llevar á cabo la construccion del teatro.

Al mes empezaron los trabajos, y el 17 de Diciembre del mismo año se celebró ya la inauguracion artística del nuevo coliseo, de manera que éste se ha ejecutado por completo en siete meses, y su coste total, incluyendo la decoracion y la maquinaria del escenario, ha ascendido próximamente á 80.000 duros.

No es nuestro ánimo hacer una descripcion del teatro de Cervantes, puesto que no lo permite el breve espacio de que disponemos; pero justo es dedicar algunas líneas á los dos principales trabajos artísticos que en aquél figuran: el telon de boca y el techo del salon principal, pintados ambos por el conocido artista don Bernardo Ferrandiz.

El telon es bellísimo, elegante y sencillo, y damos una copia de esta bella obra de arte en la pág. 237.

Aparece en primer término una galería de la época del Renacimiento, y detrás de ella hay una barra de la cual pende una doble cortina rematada por un magnífico fleco bordado con oro, y tres grandes figuras, *Pierrot*, *Arlequin* y el *Capitan Fanfarron*, personajes cómicos del antiguo teatro italiano, en actitud de separar la cortina en ambos lados y descubrir el fondo.

Tras de aquella se distingue una columna, y un *génio* alado, que ha escrito en el pedestal los nombres de los principales poetas nacionales y extranjeros, Lope de Rueda, Shakespeare, Calderon, Lope de Vega, Corneille, Schiller, Moratin, Alfieri y otros, está acabando de escribir el último por órden cronológico, Breton de los Herreros.

En el fondo se destaca la *poesía lírica*; dos *famas*, situadas á los lados de la columna, pregonan el talento de aquellos, y la *inmortalidad*, representada por un niño, les arroja coronas de laurel.

El asunto es de novedad y bien ejecutado, digno del pincel de Ferrandiz y de su génio original.

El techo—cuyo dibujo publicaremos en el número próximo—es una alegoría de Málaga, una aglomeracion de costumbres, paisajes, tipos, industrias y productos.

Á la derecha, en primer término, aparece el mar y la playa; en el centro, encima de un pedestal, representa á Málaga una bella matrona, coronada de un castillo y sentada sobre un buque, con el caduceo de Mercurio y las armas de la ciudad, y en torno de ella se agrupan la *Industria*, el *Comercio* y la *Agricultura*, unidas á la *Fecundidad*.

La industria está simbolizada por varios objetos: unos pescadores que sacan del mar las redes, mientras otro canta una playera al compás de la guitarra; la fachada de una fábrica de azúcar, la de tejidos del señor Larios, los altos hornos de la Ferreria del señor Heredia, la estátua de don Manuel Agustin Heredia, jefe de la *Industria Malagueña*, etc.

El comercio, en la izquierda, está representado por un lanchon, en el cual algunos hombres introducen

cargamento de pasas, algodon y vinos, y detrás se observa la estacion del ferro-carril; y la *Libertad*, en fin, ó sea el monumento del general Torrijos, sirve de union á la industria y al comercio.

El centro de la decoracion corresponde á la agricultura y á la fecundidad: sobre un carro cargado de mieses, cantan y baten las palmas tres figuras que simbolizan la felicidad, consecuencia del trabajo, y dos campesinos próximos al vehículo caminan precedidos de gallinas, patos y otras aves domésticas.

Varios jóvenes ofrecen flores á Málaga, y algunas madres le presentan sus hijos pequeñuelos, completando el cuadro ganados, flores y frutos esparcidos por la tierra: á lo léjos se divisa, coronándolo todo, la insigne fortaleza de Gibralfaro.

En esta ingeniosa obra, el señor Ferrandiz ha probado cuánto vale su paleta para dar vigor á las creaciones que el artista imagina.

En resúmen: el teatro de Málaga, en cuyos asientos se colocan holgadamente 2.000 espectadores, es digno de aquella rica y hermosa ciudad.

LA PARTE DEL LEON.

(APOLOGO CUYO PENSAMIENTO NO ES DEL QUE LE HA VESTIDO.)

Fueron de caza
sin perros ni trompas
el leon, el oso,
el lobo y la zorra,
y así que cazaron
porcion nada corta
de cabras y ovejas
y chotos y potras,
hagamos, dijeron,
el reparto ahora,
é inmediatamente
llenemos la andorga.
—¿Quién se encarga de ello?
pregunta con sorna
el leon, sin duda
buscando camorra.
—¡Yo! responde el oso,
cuya aficion tonta
es hacer el idem.
—Pues manos á la obra.
Cuando en cuatro partes
la caza amontona,
al leon el oso
le dice que escoja
una de las cuatro,
que iguales son todas.
—Tú partir no sabes,
grita con voz ronca
el leon al oso,
que replicar no osa;
y ¡ham! de un dentellazo
me le descogota,
y á la zorra dice
con frase melosa:
—Chiquita, el reparto
vas á hacer tú ahora,
que fio has de hacerle
á pedir de boca,
pues como chiquita,
no eres maliciosa.
En cinco montones
la repartidora
reparte la caza;
y acabada su obra,
al leon le dice
con una graciosa
reverencia: —Vuestra
majestad escoja
de estas cinco partes
las tres que le tocan,
como leon una,
como monarca otra,
y otra como jefe...
—Hola, hola, hola,
dice el leon; veo,
que tú no eres boba;
y añade, moviendo
de gusto la cola:
di, ¿quién te ha enseñado
todas esas cosas?
—¿Quién, señor?... El oso,
contesta la zorra.

ANTONIO DE TRUEBA.

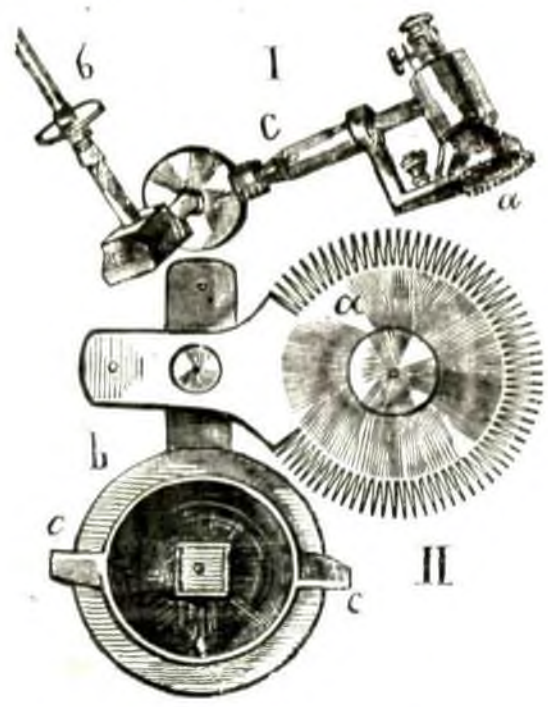
INSTRUMENTO

PARA ESQUILAR CABALLOS JÓVENES.

Sabido es que la operacion de cortar el pelo á los potros ó caballos jóvenes es una de las más difíciles, no sólo porque exige en el operador una mano firme y segura y mucha experiencia, sino porque raras veces, áun reuniéndose estas circunstancias, dejan de señalarse en la tersa piel de aquellos algunos *mouse tracks*, como dicen los ingleses, ó *pellizcos*, de los cuales quedan cicatrices más ó ménos grandes.

Para remediar estos inconvenientes, dedicáronse algunos veterinarios de Inglaterra y los Estados Unidos á inventar instrumentos, ó pequeñas *máquinas esquiladoras*, alentados por la oferta de una crecida cantidad que varios individuos del Jockey-Club de Lóndres asignaron al inventor del mejor aparato de esta clase; y aunque muchos fueron los presentados en breve tiempo, ninguno aventaja al que señala los grabados de la pág. 244.

Dicho instrumento, invencion de M. Earle, de Nueva-York, consta de las piezas siguientes: un hierro de tres piés de altura, colocado á cierta distancia y unido á una rueda punteada y al aparato por medio de dos varillas, una de las cuales tiene el oficio de poner en movimiento éste, cuando se hace girar la rueda.



Instrumento para esquilar caballos.

La letra *a* indica un peine de acero; *b*, el guarda-mano ó defensa para el aparador, y *c*, los cuchillos.

La operacion es bien sencilla: el peine pasa sobre la piel del caballo, imprimiendo una suave presion, que basta para coger el pelo y sujetarlo fuertemente hasta que los cuchillos lo cortan: el guarda-mano previene cualquier injuria de éstos, ya sobre la piel del animal, ya sobre la mano del operador.

Es un aparato ingenioso y bien sencillo, que ha sido adoptado inmediatamente por los principales ganaderos de Inglaterra, y que está funcionando con gran éxito en las magníficas cuadras que los señores Post y Nichols poseen en East Twenty—*fourth Street*, número 156, en Nueva-York.

Á nosotros nos ha parecido conveniente ofrecer esta breve descripcion á los ganaderos españoles por si les puede ser de utilidad.

ANEXION DE SANTO DOMINGO

Á LOS ESTADOS-UNIDOS.

En los periódicos de los Estados Unidos que hemos recibido últimamente, aparece el *Mensaje* que ha dirigido, con fecha 5 de Abril, á las Cámaras federales el presidente de la gran república norte-americana, M. Ulises Grant, al remitirles el informe de la comision mandada á la isla de Santo Domingo.

Ocasion es oportuna de hacer una breve reseña de los trámites que ha seguido esta cuestion, que tanto puede afectar á nuestra patria, en un porvenir más ó ménos lejano.

En la mente del general don Buenaventura Baez, presidente de la república dominicana, germinó la idea de anexionar á los Estados Unidos la isla de Santo Domingo—si hemos de creer al general Grant.

«Poco tiempo despues de haber ocupado la presidencia—dice éste en el citado *Mensaje*—se acercó á mí un agente del presidente Baez, proponiéndome la anexion de Santo Domingo á los Estados Unidos...»

«A estas declaraciones nada contesté—añade en otro párrafo—ni hice indicacion alguna de lo que pensaba respecto de semejante proposicion; mas andando el tiempo se acercó á mí otro caballero dominicano, quien me hizo iguales manifestaciones, y fué recibido de la misma manera.»

Sin embargo; el presidente Grant «abrigaba el íntimo deseo de sostener la doctrina de Monroe [*América para los americanos*],» y tomó prudentes medidas para averiguar los verdaderos deseos del gobierno y de los habitantes de la república de Santo Domingo respecto de la anexion, á fin de ofrecer al pueblo de los Estados Unidos el resultado de la informacion: porque pareciale á M. Grant que «si desoia aquel llamamiento, podria más tarde ser acusado de flagrante abandono de los intereses públicos y de la más completa indiferencia hácia el bien de una raza oprimida que anhelaba gozar los beneficios de un gobierno libre y fuerte.»

Tal es lo que resulta del preámbulo del *Mensaje*, literalmente traducido, que tenemos á la vista.

Nombróse, por lo tanto, un comisionado, «en cuya capacidad, buen juicio é integridad» tenia el presidente Grant ilimitada confianza, á fin de que pasase á la isla, y estudiase, sin preocupacion ni parcialidad, todo lo relativo al gobierno, al pueblo y recursos de la república dominicana, y en virtud de los informes del tal comisionado (cuyo nombre oculta el *Mensaje*), M. Grant creyó de su deber, en pró de los intereses norte-americanos, negociar un tratado, secreto hasta cierto punto, con el general Baez, para la adquisicion de la república de Santo Domingo.

Mas hé aquí que el tratado naufraga en el Senado republicano de Washington, y no llega á obtener las dos terceras partes de votos que son necesarios para la aprobacion definitiva de un proyecto de ley; pero M. Grant quiere la anexion, y si no puede rechazar la votacion de aquel Cuerpo colegislador, puede al ménos enviar á Santo Domingo una comision numerosa é ilustrada, con el noble fin de presentar al pueblo *inconsciente* una informacion más amplia.

Efectivamente: en la fragata *Tennessee* embarcáronse los sugetos cuyos nombres van á continuacion:

M. Benjamin Wade, presidente de la comision; M. While, cronista; M. Burton, secretario; M. Blake, geólogo; Parry, botánico; Newcombre, naturalista; Marin, mineralogista; Ward, zoólogo y paleontólogo; Brimmel y Wright, botánicos auxiliares; Waller y Adams, químicos; Foley y R. Hitt, taquígrafos, y los corresponsales de los periódicos *The Herald*, *The Times*, *Wold*, *Tribune* y *Standard*, de Nueva-York; *Ledger*, de Filadelfia; *Commercial*, de Cincinnati; *American*, de Baltimore, y *Republican*, de Washington.

La comision fué numerosa, y debia ser, como el presidente queria, ilustrada.

El 24 de Enero, despues de un viaje feliz, llegaron los comisionados á Santa Bárbara de Samaná, desembarcaron allí y examinaron el terreno, la fauna y la flora de aquella region; el 30 zarpó el *Tennessee*, y llegó á Santo Domingo el 1.° de Febrero, no sin haber sufrido los honorables comisionados algunas molestias en el viaje.

Cinco semanas permanecieron éstos en la isla, y á varios de ellos, que no habian visitado nunca los países tropicales, parecióles la feraz Santo Domingo un delicioso paraiso, y no hay para qué decir que el informe de dichos señores, hecho durante la subsistencia de la primera impresion, lleva consigo el sello de la parcialidad y la admiracion que les ha causado un espectáculo sorprendente y por ellos nunca visto. Por eso exclaman á una:

«El sentimiento del pueblo dominicano en favor de la anexion, es casi universal.»

Pero hay periodistas muy crueles.

Uno de los corresponsales que iban en la citada comision, escribe al *Sun* una larga carta, que es el reverso de la medalla, como suele decirse, del informe de aquella.

«Ningun blanco—dice entre otras cosas—puede trabajar en Santo Domingo; los mulatos están enervados por el clima, y no se dedican á faenas pesadas: los negros solamente, y obligándolos, trabajan.

»Ahora bien: ¿qué capitalista, por rico que sea, invertirá un *dollard* en un terreno, cuando es ineficaz el trabajo, si exceptuamos el único que ha repudiado la civilizacion moderna, el trabajo forzoso?

»En cuanto al clima, es para los blancos uno de los más mortíferos del mundo. Hablando un dia con M. Fred. Douglass (otro corresponsal), poco ántes de salir de Samaná, me dijo:—«Estoy convencido de que la naturaleza se ha revestido de toda su belleza á fin de tentar á los hombres á venir aquí, para matarlos. Hermosa como es esta isla, no me cabe duda de que es la sepultura de blancos y mulatos. Yo empiezo á sentir en mí mismo la influencia nociva del clima.»

Esta carta, reproducida por casi toda la prensa norte-americana, cayó como una bomba en el pueblo de los Estados Unidos, y M. Summer, senador por el Estado de Massachusetts, hábil orador de oposicion, pronunció un discurso, que duró tres horas y media, en la sesion que celebró el Senado el 26 de Marzo, en el cual protestó *contra los arbitrarios é injustificables medios* (sic) empleados para favorecer la anexion de la república dominicana; y haciendo un brillante paralelo entre la conducta de la *vieja España*, cuando se le incorporó, en 1861, el territorio de Santo Domingo, y la que hoy está siguiendo la *gran república*, M. Charles Summer reconoce y confiesa que «la reincorporacion de Santo Domingo á España fué un acto espontáneo, libre y unánime de los dominicanos, sin que España tuviese á la sazon un solo buque en las costas de la isla, ni un soldado en su territorio.»

En conclusion, los comisionados conferenciaron con el general Baez, y dieron la vuelta á los Estados Unidos hácia mediados de Marzo, llegando á Washington el dia 27, para presentar el informe documentado que acompaña al *Mensaje* del presidente á las Cámaras federales.

Es de creer que M. Ulises Grant sostenga la doctrina de Monroe, y á pesar de la oposicion radical de aquellos Cuerpos colegisladores, la república de Santo Domingo, vendida por un general ambicioso, aparecerá señalada por una estrella más en el abigarrado estandarte de los Estados Unidos de América.

Cuatro grabados relativos á este asunto ofrecemos á nuestros suscritores en la página 236: el retrato del general Baez, presidente de la república dominicana; una vista de la hermosa bahía de Samaná; los comisionados norte-americanos dirigiéndose á la casa de Baez, y la conferencia celebrada entre aquellos y éste.

MONUMENTO AL GENERAL PRIM.

El público de la corte ha tenido ocasion de examinar en estos dias varios proyectos de monumento á la memoria del malogrado general Prim, y entre ellos debe citarse con elogio el que ha presentado á la co-

PROYECTO DE UN MONUMENTO ECUESTRE AL GENERAL PRIM, POR DON ARSENIO ALONSO (pág. 248).

aventajado alumno (de último año) de la Escuela especial de Arquitectura.

Consta de tres cuerpos principales, y la estátua ecuestre.

El primero, ó sea la planta, rectangular, está terminado en los cuatro ángulos por cuatro martillos que sirven de base á otras tantas figuras de tamaño natural, que representan el Valor, la Libertad, la Guerra y el Progreso, y debajo de dichas figuras van colocados, rodeando la parte superior del primer cuerpo, los escudos de todas las provincias de España,—idea plausible y acertada del autor; pues el monumento ha de erigirse por suscricion nacional.

Rodea la parte inferior del segundo cuerpo, rectangular, una corona de laurel, y en los cuatro tarjetones del rectángulo aparecen: en el del frente, la inscripcion votiva; en el opuesto, el escudo de armas de la casa del general; y en los otros dos, que corresponden á los lados mayores, dos altos relieves de bronce oxidado, representando el uno la batalla de los Castillejos, y el otro una alegoría de la retirada de Méjico.

El tercer cuerpo, tambien rectangular, lleva en los lados mayores trofeos militares, y dos cabezas de mo-

Corona el monumento, que viene á tener once metros de altura, la estátua del general, en actitud de detener el caballo para dar la voz de mando.

Hay que advertir que esto es solamente un cróquis, ó sea el pensamiento que el autor intenta desarrollar por completo; pues no se sabe aún, segun se nos dice, si la junta encargada de la construccion del monumento desea que éste sea ecuestre, para una plaza pública, ó yacente, para una iglesia—aunque el jóven doctor Alonso tambien ha presentado un anteproyecto de esta última clase, de estilo gótico, sencillo y elegante.

En esta página hallarán nuestros suscritores una copia de la estátua ecuestre, que pertenece al primer proyecto.

UN PRISIONERO ROJO.

Por la muestra se conoce el paño.

Vean nuestros apreciables suscritores el grabado de la página 240, y en esa cabeza repugnante que aparece en el centro del dibujo, hallarán la *vera efigie* de los hombres que se proclaman salvadores de la Francia—de los que han resucitado la *Commune* en 1871, para dar quince y raya, como suele decirse, á los que la inventaron en 1793.

En los combates de Asnieres y Courbeboie, en las escaramuzas de Châtillon, Clamart y Neuilly, y últimamente en los ataques dirigidos por los versalleses contra el gran lienzo de muralla que une los fuertes de Issy y Vauves, han dejado los indisciplinados batallones comunistas de París algunos cientos de prisioneros en poder de los soldados del general Vinoy, que han sido conducidos á Versalles, y encerrados en las cárceles mientras los consejos de guerra deciden: no es aventurado suponer que casi todos esos *simpáticos salvadores* serán enviados á hacer una larga visita á las hospitalarias playas de Cayenne y á los salones de *bagne* que existen, por cuenta del Estado, en Tolon y Brest.

—Del mal el ménos—dirán ellos seguramente, porque la partida no es igual, ni siquiera se parece.

Ahí está, caliente todavía, la sangre de los desgraciados generales Clement Thomas y Lecomte, la de las gentes inofensivas *cazadas* en la plaza de Vendôme.

ADVERTENCIA.

Terminada la reimpresion del número 8.°, correspondiente al año anterior, lo remitimos al par del presente á los señores suscritores á quienes se les debia.

MADRID:—IMPRENTA DE T. FORTANET,